

CAPÍTULO 16

Bajo el signo de la otredad: La Escuela Sociológica de Chicago

Antonio Camou

Hay lugares en donde no se odia a la Policía, comisario. Pero en esos lugares usted no sería policía.

Raymond Chandler, EL LARGO ADIÓS (1953)

Habrà que reconocer de entrada que hay destinos intelectuales, políticos o institucionales marcados por la paradoja. La Universidad de Chicago fue fundada formalmente en 1890 por una asociación baptista gracias a una cuantiosa donación del magnate petrolero y filántropo John D. Rockefeller, sobre la base de una institución religiosa de enseñanza que funcionó a mediados del siglo XIX. Dos años después se crea allí el que es considerado como el primer departamento de sociología del mundo, y tres años más tarde ve la luz la primera revista científica de la disciplina, el *American Journal of Sociology*. Desde esa época hasta entrados los años cuarenta del siglo XX, la así llamada Escuela Sociológica de Chicago concitó un gran respeto y reconocimiento, tanto en el ámbito norteamericano como más allá de sus fronteras. Pero luego entró en un largo ocaso, y podríamos decir que sólo en los últimos años –especialmente en América Latina– se la ha vuelto a estudiar y a vindicar de acuerdo con sus indiscutibles méritos. En parte su eclipse se debió a la hegemonía del llamado “matrimonio ortodoxo”, conformado por el estructural-funcionalismo en el plano teórico y por la “sociología de las variables” en el flanco empírico, pero también hubo razones internas que nos ayudan a comprender ese parcial declive, a las que no siempre se les ha prestado debida atención. En cualquier caso, estas circunstancias coadyuvaron a que durante mucho tiempo se la considerara la “otra” sociología norteamericana, frente a la que era identificada como dominante tanto dentro como fuera de los Estados Unidos.

Pero también los sociólogos de Chicago enfrentaron otra competencia difícil, contra la que también fueron “otros”. Desde mediados de los años cincuenta del siglo pasado, la Escuela de Economía de Chicago, partidaria extrema del libre mercado, e institucionalmente ligada al Departamento de Economía y a la Escuela de Negocios Booth de dicha universidad, irradió su pensamiento económico por todo el mundo. De la mano de George Stigler, Milton Friedman o Arnold Harberger en sus primeros tiempos, y luego de Gary Becker o de Robert Lucas, la “Escuela de Chicago” se ha convertido –en especial en América Latina a partir de la experiencia económica de Pinochet– en una marca registrada, y en un sinónimo de pensamiento ortodoxo y de autoritarismo político.

De esa doble zona de penumbras la sociología de Chicago volverá a recuperar todo su vigor por una combinación de factores, donde se mezclan defectos ajenos y virtudes propias. Como ya hemos visto en otras partes de este libro, en algún momento de los años sesenta la hegemonía sociológica “ortodoxa” empezó a dar muestras de agotamiento en sus temas, en sus esquemas categoriales y en sus abordajes metodológicos, sobre todo frente a la emergencia de una “nueva” cuestión social fincada en las luchas por el reconocimiento y la expansión de derechos. Pero también la propia disciplina sociológica, ya institucionalmente afirmada y académicamente legitimada en los Estados Unidos, fue en busca de sus raíces, y se reencontró con una historia relativamente marginada pero fascinante en la que brilla, por ejemplo, William Edward Burghardt Du Bois (1868-1963), sociólogo, historiador, pionero de los estudios afroamericanos y activista por los derechos civiles; o devuelve el primer plano a una magnífica figura de Chicago como Jane Addams (1860-1935): socióloga, investigadora y trabajadora social, feminista de la primera hora, militante de izquierda, pacifista y anti-imperialista, cuyas luchas la harán acreedora -hacia el final de su vida-, del Premio Nobel de la Paz. Pero la reconstrucción de ese pasado tal vez hubiese quedado confinada a una mera contorsión arqueológica de no ser por la obra de una generación de autores, que tomó la posta de viejas enseñanzas y a su vez las recreó con rasgos originales, para pensar los problemas de la sociedad contemporánea; entre ellos es ineludible nombrar a Erving Goffman (1922-1982), a Joseph Gusfield (1923-2015) o a Howard S. Becker (1928-).

Es justamente Becker quien apela a una distinción conceptual -introducida por Samuel Gilmore para el estudio de las corrientes musicales- que nos puede ser útil para poner entre paréntesis una larga discusión (que aquí pasaremos por alto) acerca de si la sociología de Chicago puede comprenderse o no como una “escuela”. En tal sentido, el autor de *Trucos del oficio* cuestiona el “mito” heredado de una escuela teórica y metodológicamente unificada, y nos recuerda que hay “escuelas de pensamiento” y “escuela de actividad”²⁴⁴.

En términos estrictos suele hablarse de una *escuela* de pensamiento cuando nos encontramos con un grupo de estudiosos/as que se unen -por lo general alrededor de un liderazgo carismático- en torno a un conjunto relativamente acotado de preocupaciones compartidas, que trabajan con un cierto “paradigma común de conceptos y métodos para afrontar el estudio de la realidad”, y que disponen de las bases institucionales y materiales (lugares de trabajo, financiamiento para la investigación, publicación de libros, revistas y otros medios de difusión) para desplegar su labor de manera sostenida (Picó & Serra, 2010: xiv).

Frente a esta noción más exigente de una “escuela de pensamiento”, centrada en la elaboración de una doctrina más o menos común, Becker argumenta que a lo largo de los distintos períodos de su desarrollo,

²⁴⁴ Para una crítica de una serie de mitos asociados a esta Escuela, por ejemplo su carácter “a-teórico” como correlato de su preocupación por la investigación empírica, véase (Joas, 1990, pp. 125-126); para un análisis que desbarata otra etiqueta habitual -de escuela norteamericana absolutamente “autóctona”- (Kaminsky, 2009) muestra de manera muy clara los lazos intelectuales del pensamiento sociológico de Chicago -además del consabido caso de Simmel- con diferentes líneas de la reflexión filosófica y sociológica europea.

Chicago fue una *escuela de actividad*, una organización que estaba tratando de cubrir las principales posibilidades disponibles en el campo en cualquier momento (aunque uno pudiera ser dominante por un tiempo) para poder desplegar un equipo adecuado. El objetivo no era presentar un frente teórico unido, sino lograr que los estudiantes se formen, otorgar títulos, recaudar fondos para proyectos de investigación y, por lo tanto, desarrollar y mantener una reputación para el departamento como un buen lugar para todos. Dado que Chicago había sido el primer (o casi el primero...) departamento de sociología en el país, muy posiblemente en el mundo, el trabajo era continuar siendo el Número Uno en todos los aspectos (Becker, 1999, p.8).

El resultado de esto –destaca nuestro autor- es que “hubo muchas cosas que compartieron gente que había sido entrenada ahí en un determinado momento, pero también hubo grandes diferencias”; y si bien esas diferencias no necesariamente llegaban a entrar en contradicción, profesores, investigadores y estudiantes “estábamos interesados en resultados de investigación más que en grandes teorizaciones”. Por eso el Departamento de Sociología de Chicago fue más conocido “por los proyectos de investigación que publicaron sus miembros que por las teorías que hayan desarrollado” Becker, 1999, p. 7).

En tal sentido, desde 1892 hasta las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial, ese departamento –inserto en una exclusiva y costosa universidad privada fundada por un magnate- produjo una gran cantidad de trabajos originales sobre urbanismo, condiciones de vida, pobreza, migraciones, segregación social, conductas desviadas, conflictos sociales y otras temáticas ligadas a la vehemente emergencia de la “cuestión social”, en una sociedad –como la norteamericana- que a partir de la finalización de la Guerra Civil (1861-1865) había comenzado a experimentar un fuerte y acelerado proceso de modernización.

Tradicionalmente se distinguen tres períodos en el desarrollo de la sociología de Chicago. El primer período abarca desde finales del siglo XIX hasta después de la Primera Guerra Mundial, y sus máximas figuras son Albion Small y William I. Thomas. Como ya señalamos, en 1892 se crea el Departamento de Sociología cargo de Small, y en 1895 se edita la primera revista estadounidense de Sociología, el *American Journal of Sociology*. De esa primera época cabe destacar la publicación en 1908, por parte de Thomas, de un libro de apoyo a la investigación: *Source Book for Social Origins*, así como la edición –en el bienio 1918-1920- de una obra clave de Thomas y Florian Znaniecki: *The Polish Peasant in Europe and America*.

El segundo período discurre entre las décadas del '20 y del '30 bajo el liderazgo intelectual de Robert E. Park y Ernest Burgess, y es considerada habitualmente la etapa más fecunda y reconocida. Como nos vamos a referir de manera más detallada a este período en las notas que siguen, aquí nada más anotamos un par de referencias: por un lado, se publica uno de los primeros manuales de la disciplina: *Introduction to the Science of Sociology* (1921) de Park y Burgess; por otro, en diciembre de 1929, gracias a una donación de la Fundación Rockefeller, se inaugura el *Social Science Research Building*, destinado a albergar la investigación interdisciplinaria de problemas sociales. En la fachada se esculpe una frase de Lord Kelvin: “When you cannot measure, your knowledge is meager and unsatisfactory”. En buena medida, el principio

del fin de esta etapa culmina simbólicamente con la jubilación académica de Park (1934) y con la publicación, en 1936, de la *American Sociological Review (ASR)* como órgano oficial de la *American Sociological Society (ASS)*.²⁴⁵

El tercer período se ubica aproximadamente entre las décadas del '30 y del '40 y tiene como referentes a Louise Wirth (reconocido por su investigación sobre *The Ghetto*, 1928), Herbert Blumer (discípulo y continuador de la obra de George H. Mead), Everett Hughes (especializado en estudios urbanos y sociología de las “ocupaciones”), y W. Lloyd Wagner (director de la obra *Yankee City* y estudioso de las comunidades inmigrantes e indígenas). Entre los nuevos profesores se destacan Daniel Bell, Charles Wright Mills y David Riesman, y entre los jóvenes alumnos se encuentran los ya citados Erving Goffman o Joseph Gusfield.

Si tuviéramos que resumir esquemáticamente “la estructura subyacente de supuestos compartidos” por los miembros de la Escuela (Joas, 1990, p. 116), en particular durante el influyente segundo período, podríamos mencionar tres elementos básicos: una orientación política reformista y progresista, un fuerte compromiso metodológico con la investigación micro-sociológica y un conjunto de lecturas teóricas *pragmatistas-interaccionistas*, plasmadas sobre todo en las obras de John Dewey y de G.H. Mead (Cuadro Nro. 1).

Cuadro Nro. 1. La Escuela Sociológica de Chicago



En estas notas vamos a revisar sucintamente cada uno de estos componentes, en el marco del contexto histórico y cultural donde se gestó. Nuestra clave de lectura será elemental pero esperamos que sea útil: para comprender cabalmente las principales contribuciones de la Escuela Sociológica de Chicago es preciso reconstruir algunos aspectos clave de la historia y la cultura norteamericana del período de entreguerras²⁴⁶.

²⁴⁵ Más allá de las rencillas académicas de variado pelaje –el Comité Ejecutivo de la entonces *American Sociological Society (ASS)* definió inicialmente la votación 5 a 4–, lo cierto es que la creación de una nueva publicación no sólo estaba mostrando un cambio en el balance de poder al interior de ciertas universidades norteamericanas, sino también la creciente diversidad institucional de la sociología en USA. Durante sus primeras tres décadas la *American Sociological Society* (y ahora *American Sociological Association, ASA*) estuvo en gran medida hegemonizada por Chicago, y su revista era su órgano oficial o cuasi oficial. Cuando la decisión fue puesta a consideración de los miembros asociados, la votación a favor de establecer una nueva revista (la *American Sociological Review*), salió ampliamente ganadora.

²⁴⁶ A menos que se indique lo contrario, siempre que en estas líneas mencionemos la “Escuela de Chicago” nos estaremos refiriendo a la corriente sociológica de esa universidad, y no a su vertiente económica.

Una orientación reformista y progresista

-¿Sabe cuál es el problema de este país, hermano?

-Demasiado capital inactivo, he oído decir.

-Que un tipo no puede ser honesto aunque quiera... Ése es el problema de este país. Si lo hace, le arrancan los pantalones. Hay que jugar el juego sucio, o no comer.

Raymond Chandler, ADIÓS MUÑECA, ([1940] 2003, pp. 239-240).

El punto de partida de nuestro itinerario comienza por hacer referencia al contexto histórico y social que transforma a la ciudad de Chicago –en pocos y convulsivos años- en un vector fundamental del acelerado proceso de modernización de los USA. Al observar esta experiencia sobre el trasfondo histórico del único caso de modernización capitalista conocido hasta entonces -Europa occidental-, surge una diferencia significativa: en el caso de los países europeos el proceso de industrialización no fue menos cruento, pero sí más pausado, más extendido en el tiempo. Para tomar a mero título ilustrativo dos fechas emblemáticas, desde la invención de la máquina de vapor (1776) hasta la fundación en Londres de la “Asociación Internacional de Trabajadores” (*Primera Internacional*), en 1864, transcurre casi un siglo. En ese lapso, son ampliamente conocidas las obras, tanto sociológicas como literarias, que nos han hecho saber las amargas condiciones de vida de los sectores populares durante el período: entre las primeras, cabe recordar *La situación de la clase obrera en Inglaterra* de F. Engels (1845); entre las segundas, encontramos vívidos retratos en *Tiempos Difíciles* de Charles Dickens (1854) o en *Los miserables* de Víctor Hugo (1862)²⁴⁷.

Para tener una idea aproximada del meteórico cambio acaecido en territorio americano, basten algunos datos básicos de crecimiento económico en la última parte del siglo XIX (Cuadro Nro. 2).

Cuadro Nro. 2. Crecimiento económico USA 1860-1900

RUBROS SELECCIONADOS	1860	1900
PIB industrial	2000 millones de U\$S	13000 millones de U\$S
Monto de capital invertido en manufactura	1000 millones de U\$S	10.000 millones de U\$S
Mano de obra ocupada en fábricas, minería, construcción y servicios	4 millones	18 millones

Fuente: Adaptado de (Jones, 1995: 341)

Como señala M.A. Jones en su *Historia de los Estados Unidos*, los USA comenzaron a “ocupar el lugar de Gran Bretaña como la principal nación industrial, y a finales del siglo ya producían

²⁴⁷ Con la perspectiva que nos da el tiempo, el siglo XX conocerá más tarde diferentes experiencias de industrialización acelerada (URSS) y de rápida modernización capitalista (las economías asiáticas). La gran diferencia es que en ambos casos dichas transformaciones económicas se llevaron adelante bajo el imperio de gobiernos autoritarios.

cerca del 30% de los artículos manufacturados del mundo”. Esta verdadera revolución económica condensada en muy pocos años, trajo una “era de máquinas, electricidad, acero, mercados nacionales y sociedades de negocios gigantes”, pero alumbró también un período signado por “grandes desigualdades de riqueza, la explotación despiadada, la hostilidad de clase y un sinnúmero de problemas sociales complejos” (Jones, 1995, p. 341). Baste nada más como referencia de ese período, la llamada “Revolución de Haymarket”, que tuvo lugar en Haymarket Square (Chicago), el 4 de mayo de 1886 y que fue el punto culminante de una serie de movilizaciones y reclamos por la jornada laboral de ocho horas (“Ocho horas para trabajar, ocho horas para descansar y ocho horas para disfrutar” era el lema), y que desembocaría en el asesinato de los que se conoce desde entonces como los “Mártires de Chicago”.

En este marco, el crecimiento de la población y el aporte migratorio son también un elocuente indicador de una fuerte expansión demográfica: la población norteamericana se duplica en medio siglo (Cuadro Nro. 3); y prácticamente también se duplica la población que pasa a vivir en entornos urbanos (Cuadro Nro. 4).

Cuadro Nro. 3. Población e inmigración por décadas (USA) – 1880-1930

AÑOS	POBLACIÓN	INMIGRANTES
1880-1890	50.156.000	5.247.000
1891-1900	62.948.000	3.688.000
1901-1910	75.995.000	8.795.000
1911-1920	91.972.000	5.736.000
1921-1930	105.711.00	4.107.000

Fuente: (Picó & Serra, 2010: 5)

Cuadro Nro. 4. Urbanización en USA – 1880-1920

AÑOS	POBLACIÓN	POB. URBANA EN %
1880	50.156.000	28,2
1890	62.948.000	35,1
1900	75.995.000	39,7
1910	91.972.000	45,7
1920	105.711.00	51,2

Fuente: (Picó & Serra, 2010: 6)

Como recuerda Jones: “Ya en 1910 un tercio de la población de las doce mayores ciudades había nacido fuera y otro tercio lo componían los hijos de los inmigrantes. Nueva York tenía más italianos que Nápoles, más alemanes que Hamburgo, el doble de irlandeses que Dublín y más judíos que toda Europa Occidental. Chicago era aún más cosmopolita...” (Jones, 1995, p. 299-300).

En efecto, incluso dentro de un país fuertemente moldeado por la inmigración, Chicago tenía una diversidad cultural, étnica y lingüística excepcional: alrededor de 1900 “el 35% de la

población había nacido en el extranjero y otro 37% eran hijos de personas nacidas en el extranjero. Se hablaba una multiplicidad de lenguas y estaban representadas más de 35 nacionalidades” (Picó y Serra, 2010, p.39). Era una de las principales ciudades, donde se “podía ver realmente la nueva América, por su crecimiento acelerado, su componente migratorio heterogéneo, su grado de pobreza y delincuencia y su viveza diaria”. En poco más de medio siglo –desde 1870 a 1920- había quintuplicado su población, pasando de 500.000 a 2.700.000 habitantes (Picó y Serra 2010, p.40).

A esto hay que agregar un dato no menor: tanto por razones políticas como geográficas los miles de kilómetros del trazado del ferrocarril (que en el país pasaron de 50.000 km en 1877 a 320.000 km en 1890) estaban conectados con Chicago, que se convirtió “en el núcleo central de comunicaciones que unía el Este con el Oeste, tanto para mercancías como para pasajeros” (Picó y Serra, 2010: 41). Conectada por un lado con la zona de los grandes lagos, era un nudo de conexiones de ferrocarril que persisten hasta hoy²⁴⁸.

Pero también era el origen (o el punto de llegada) de la célebre ruta 66, que atraviesa casi todo el territorio norteamericano. Esta famosa vía de comunicación, también conocida como *The Main Street of America* (“La Calle Principal de América”) o *The Mother Road* (“La carretera madre”) se estableció en 1926, y originalmente partía de Chicago y atravesaba Missouri, Kansas, Oklahoma, Texas, Nuevo México, Arizona y California, hasta finalizar en Los Ángeles, con un recorrido de casi cuatro mil kilómetros.

Tal vez no está de más recordar que por la ruta 66 discurren algunas de las más famosas creaciones de la novelística y la cinematografía norteamericana, como *The Grapes of Wrath* (Las Uvas de la Ira o Viñas de Ira, novela original de John Steinbeck, 1939) o *En el camino* de Jack Kerouac (escrita en 20 días de 1951 y publicada en 1957), que se volvió un emblema de la generación “beat”. Por supuesto, también el cine retrató la mítica carretera: desde la versión de John Ford de *The Grapes of Wrath* (1940) hasta la producción infantil *Cars* (2006), pasando por el clásico sesentista *Easy Rider* (Busco mi destino, 1969), la bellísima *Bagdad Cafe* (1987) o la inolvidable *Thelma y Louise* (1991). Una prehistórica serie de televisión emitida entre 1960 y 1964 por la Columbia Broadcasting System, llevaba por título *Ruta 66*; en ella, dos jóvenes vivían distintas aventuras en los diferentes poblados que se tienden a la vera de ese interminable camino. Entre nosotros, Norberto “Pappo” Napolitano (1950-2005) la homenajeó con un clásico tema de Bobby Troup de los años cuarenta que lleva por título el nombre de la afamada ruta²⁴⁹.

Claro que esa profusión de creaciones artísticas está lejos de ser casual. Más bien, la importancia de esa vía de comunicación se hace especialmente notoria cuando lo comparamos con algunos motivos de nuestro propio imaginario cultural. Así, en la cultura norteamericana se ha forjado un mito fundante de “ir hacia el oeste” y abrirse camino en la vida a partir de un nuevo

²⁴⁸ La centralidad estratégica de Chicago como nodo ferroviario puede verse en este link (2017): <https://chicago.curbed.com/2017/9/21/16344608/transportation-chicago-railroad-cta-union-station-history>

²⁴⁹ El trazado de la histórica *Ruta 66* en este link (puede seguir el itinerario de las ciudades mencionadas por el tema interpretado por el inolvidable *Pappo*): <https://www.britannica.com/topic/Route-66>

comienzo, y de paso, poblar un extenso territorio. En nuestro caso es geográficamente al revés: la cultura popular argentina suele proponernos historias que van del campo (donde hay pocas oportunidades de desarrollo) a la gran ciudad, y el mito organizador es el muchacho o la chica provinciana que se forjan un destino –duramente– en Buenos Aires, o en una veta similar, el porteño que conquista Europa (París). Un equivalente americano del triunfo en la gran ciudad, viniendo de un pequeño pueblo, lo encontramos en una película como “Cowboy de Medianoche” (1969), con Dustin Hoffman & Jon Voight, y por supuesto, en el magnífico tema musical “New York, New York” (1977), compuesta por John Kander y Fred Ebb, e inmortalizada por Liza Minelli o por Frank Sinatra²⁵⁰.

Ahora bien, en el marco de ese inédito proceso de modernización capitalista, la vida cotidiana en Chicago entre finales del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX estaba lejos de cualquier rememoración poética: era una existencia cruel, miserable y violenta, en particular para las clases populares. Dos testimonios nos ayudan a captar algo de ese clima social de época.

El primer testimonio lo ofrece la novela *La Jungla*, publicada en 1906 por el periodista y novelista estadounidense Upton Sinclair (1878–1968). La obra es tan interesante como el proceso de su creación: en 1904 Sinclair pasó siete semanas reuniendo información –de incógnito– mientras trabajaba en las plantas cárnicas de Chicago. Su informe fue publicado en el diario socialista “Appeal to Reason” entre febrero de 1905 y noviembre de 1905. Estos materiales constituyeron la base de la novela. Sinclair retrató en su obra no sólo las duras condiciones de vida y la explotación de los inmigrantes en la ciudad de Chicago (el personaje principal del libro, Jurgis Rudkus, es un inmigrante lituano), sino que también expuso las prácticas insalubres en la industria de la carne a principios de siglo XX, junto con la corrupción extendida y arraigada de las élites dominantes.

De ese cruento mundo tenemos una reconstrucción cinematográfica y literaria indirecta: una película que retrata la vida miserable de los mataderos, y de manera más general, la desafortada violencia de las pandillas en los suburbios de una gran ciudad es *Gangs of New York (Pandillas de Nueva York, 2002)*, dirigida por Martin Scorsese y protagonizada por Daniel Day-Lewis, Leonardo DiCaprio y Cameron Díaz. La película se basa en el libro del mismo nombre, escrito por Herbert Asbury y publicado en 1928. Sobre esa obra Jorge Luis Borges escribe una breve reseña en la *Revista Multicolor de los Sábados* (Nro. 22, 6 de enero de 1934), y lo que es más importante, se inspira libremente en dicho libro para elaborar su relato “El proveedor de iniquidades Monk Eastman”, incluido en *Historia Universal de la Infamia*, y publicado en 1935. Veamos cómo describe Borges ese clima violento, con la única salvedad de que podemos intercambiar libremente New York por Chicago en ese pendenciero crisol de culturas:

La historia de las bandas de Nueva York (revelada en 1928 por Herbert Asbury...) tiene la confusión y la crueldad de las cosmogonías bárbaras y mucho

²⁵⁰ Por contraste, en nuestra *Sobre héroes y tumbas* (1961), novela de Ernesto Sabato, se narran dos recorridos que se alejan de la ciudad capital, uno referido al pasado que huye hacia el norte, y otro que mira al futuro y migra hacia el sur.

de su ineptitud gigantesca: sótanos de antiguas cervecerías habilitadas para conventillos de negros, una raquítica Nueva York de tres pisos, bandas de forajidos como los Ángeles del Pantano (*Swamp Angels*) que merodeaban entre laberintos de cloacas, bandas de forajidos como los *Daybreak Boys* (Muchachos del Alba) que reclutaban asesinos precoces de diez y once años, gigantes solitarios y descarados como los Galerudos Fieros (*Plug Uglies*)... con un garrote en la diestra y un pistolón profundo; bandas de forajidos como los Conejos Muertos (*Dead Rabbits*) que entraban en batalla bajo la enseña de un conejo muerto en un palo; hombres como Johnny Dolan el Dandy, famoso por el rulo aceitado sobre la frente, por los bastones con cabeza de mono y por el fino aparatito de cobre que solía calzarse en el pulgar para vaciar los ojos del adversario; hombres como Kit Burns, capaz de decapitar de un solo mordisco una rata viva;... refideros de ratas famélicas y de perros, casas de juego chinas, mujeres como la repetida viuda Red Norah, amada y ostentada por todos los varones que dirigieron la banda de los *Gophers*; mujeres como Lizzie the Dove, que se enlutó cuando lo ejecutaron a Danny Lyons y murió degollada por Gentle Maggie, que le discutió la antigua pasión del hombre muerto y ciego; motines como el de una semana salvaje de 1863, que incendiaron cien edificios y por poco se adueñan de la ciudad; combates callejeros en los que el hombre se perdía como en el mar porque lo pisoteaban hasta la muerte; ladrones y envenenadores de caballos como Yoske Nigger —tejen esta caótica historia...” (Borges, 2009, p. 611)²⁵¹.

El segundo testimonio es más directo; nos lo ofrece un viajero europeo que pasó por Chicago en 1904, y que quedó horrorizado por el brutal panorama que brindaba la ciudad. En su diario de viaje —que vale la pena reproducir con cierta extensión- nos dejó el siguiente retrato:

[...] Chicago, esa monstruosa ciudad que más aún que Nueva York es el punto de cristalización del espíritu americano. Aquí se dan todos los contrastes, pero aumentados: nuevos ricos que se exhiben en unas magníficas casas de mármol y bronce dorado; pobres desamparados que te miran desde ventanas opacas y unos vestíbulos suciamente oscuros de unas calles infinitamente desoladas; flujo sin descanso de una población mezclada de todas las razas y partes de la tierra. Chicago es una de las ciudades más sorprendentes. Al borde del lago, encontramos algunos barrios residenciales agradables y de bella apariencia, la mayoría con casas de piedra de estilo imponente y macizo, y justo detrás se encuentran antiguas casitas de madera... A continuación vemos los alojamientos de los trabajadores y la suciedad indescriptible de las calles: sin pavimento o si acaso con revestimiento pobre en cuanto nos alejamos de los

²⁵¹ Recordemos que un año antes de la aparición del texto de Asbury, el sociólogo de la Universidad de Chicago Frederic M. Thrasher (1892–1962) publicó el libro *La banda (The Gang)*, que se considera el primer estudio empírico sistemático sobre el origen y el desarrollo de pandillas juveniles, con base en un minucioso trabajo de reconstrucción del accionar de 1.313 grupos de la ciudad de Chicago en los años veinte.

barrios residenciales. En el centro de la ciudad, entre rascacielos, el estado de las calles es absolutamente horroroso [...]. El diablo anda suelto en los mataderos de ganado: una huelga ha salido mal, con cantidades de italianos y negros haciendo de esquirolas (“carneros”); hay enfrentamientos armados con decenas de muertos de una parte y de otra; un tranvía ha sido volcado porque un no-sindicado viajaba dentro y una docena de mujeres han muerto aplastadas, se han producido atentados con dinamita contra el metro aéreo, y un vagón ha descarrilado antes de zambullirse en el río. Cerca de nuestro hotel, un vendedor de tabaco ha sido asesinado en pleno día, unas calles más allá tres negros han atacado y desvalijado un tranvía al atardecer...: en resumen, un peculiar apogeo de la civilización (Weber, 1997, p. 290)²⁵².

El viajero europeo –por supuesto- es Max Weber y el detallado relato aparece en el capítulo IX de la biografía escrita por Marianne, su esposa, quien también agrega su propio e interesante testimonio al *racconto* de aquella travesía. El testimonio de Weber es importante –entre otras razones- por dos cuestiones fundamentales.

Por un lado, asunto que mencionaremos de pasada nada más, ese periplo se ubica en un momento muy especial de la producción académica weberiana. Los Weber, Max y Marianne, viajan a USA por una invitación académica que les permite recorrer el país entre agosto y diciembre de 1904, y en los años siguientes –según destaca Joachim Radkau en su monumental biografía - el autor de *Economía y sociedad* “retoma frecuentemente las impresiones de ese viaje” (Radkau, 2011, p. 285). La excursión constituye además una bisagra que une las dos partes de su célebre ensayo sobre “La ética protestante y el espíritu del capitalismo”, que aparece en dos números distintos, el número XX de noviembre de 1904 y el número XXI de junio de 1905, de la revista académica *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*. Pero como sabemos, lejos de abandonar el tema, una década y media después, hacia 1920, el sociólogo de Heidelberg reedita los dos trabajos en un texto unificado, sólo que considerablemente ampliado, en el primer volumen de sus *Ensayos sobre sociología de la religión*, que aparecerán recién después de su muerte (Gil Villegas, 2003, p.15).

Por otro lado, Weber –como no podía ser de otra manera- capta con gran agudeza los claros oscuros sociales, culturales y espirituales de la vida americana a través del turbio cristal que le brinda esa “monstruosa ciudad” de Chicago. En ese turbulento *melting pot* observa iglesias y mataderos, fábricas y capillas, ganado que muge por las calles, junto a una “enorme intensidad de trabajo” y una “suciedad interminable”, pero también se percata de una exuberancia cultural y una pluralidad étnica que nunca ha visto: al recorrer la interminable Halsted Street descubre “casas con inscripciones griegas”, “tabernas chinas”, “anuncios en polaco” o “cervecías alemanas”. En esa “loca confusión de nacionalidades”, comprueba que los “griegos lustran los zapatos

²⁵² Sigo puntualmente el relato de Marianne Weber (1997, p. 290), pero cito aquí la traducción ofrecida por (Picó & Serra, 2020, p. 42). Sobre el viaje del sociólogo alemán a USA puede consultarse también (Offe, 2006).

de los yanquis”, los “alemanes son sus camareros”, los irlandeses “se encargan de la política” y los italianos de “excavar zanjas”, aunque en el *maremágnum* social hay lugar también para el “mantenimiento de una específica cultura judío-alemana”, que se pone de manifiesto en un hecho singular que le asombra poderosamente: en los teatros representan obras de Shakespeare en yiddish (Weber, 1997, pp. 290-291).

Claro que hay algo más importante aún: el “espíritu también habita aquí”, reflexionan los Weber al contemplar la obra caritativa de la fundadora de la *Hull House* y de la Liga Internacional Femenina por la Paz y la Libertad, que tiene “el valor de sus convicciones”. En las “terribles calles de un distrito obrero”, destacan que Jane Addams creó una institución destinada a dar refugio a cientos de almas desamparadas:

Allí, esta mujer amable y refinada, junto con un numeroso grupo de entusiastas ayudantes, daba a los proletarios, parias llegados de todo el mundo, las cosas que ellos no podían obtener por sí mismos. En la heroica lucha por la existencia, era un lugar que ofrecía belleza, alegría, elevación intelectual, entrenamiento físico y servicios sociales. La gente veía, maravillada, y creía en aquel *Ángel de Chicago* (Weber, 1997, p. 292).

Pero hay otro oasis espiritual e intelectual que llama especialmente la atención del matrimonio alemán: los *colleges*, “colonias de edificios encantadores, muy lejos de la metrópoli, situados entre prados verdes amorosamente cuidados”, en los cuales muchachos estadounidenses “de una vasta gama social” reciben un esmerada y balanceada educación. Esa formación incluye no sólo un currículum académico propiamente dicho, sino también una “abundancia de deportes” y una “mucho mayor habituación al trabajo que entre nuestros estudiantes alemanes”. Y en ese marco, emerge un dato revelador que enfatiza Marianne Weber; su esposo encontró allí “lo que tanto le interesaba: claras muestras de la fuerza organizativa del espíritu *religioso*. La mayor parte de los *colleges* originalmente eran obra de sectas puritanas, y aún podía notarse algo de la tradición de los Padres peregrinos” (Weber, 1997, p. 292). El propio Weber se asombra de esa peculiaridad religiosa al punto de destacarlo en sus anotaciones de viaje:

Parece increíble si se leen los estatutos de la *University* de Chicago, originalmente metodista, que un estudiante deba asistir o bien a tres quintas partes de los servicios diarios [misas, AC], o bien a una hora adicional de conferencias, en lugar de tres horas de servicios. Si tiene un *chapel record* (récord de capilla) (!) mejor de lo requerido, se le da crédito para el siguiente año académico, y entonces necesita mucho menos *attendance* (Weber, 1997, p. 293. Los corchetes son nuestros, los signos de admiración son de Weber).

Con este recorrido en nuestro haber, creemos que se puede comprender mejor por qué, frente a la aciaga realidad social generada por la impiadosa marcha forzada del desarrollo capitalista, la cultura política norteamericana tomó fundamentalmente dos caminos, que con matices y desplazamientos, llegan más o menos hasta hoy.

La vía dominante fue la de reforzar el espíritu económico del *laissez faire* (“la tierra de las oportunidades”), reivindicar las virtudes a ultranza de la competencia individual (el lenguaje coloquial de “ganadores” y “perdedores” es un lugar común del habla americana), y reafirmar las duras enseñanzas del darwinismo social más extremo junto con las aspiraciones imperiales de conquista: “la supervivencia del más apto” y “el destino manifiesto”.

Pero no fue la única respuesta: un sector amplio, heterogéneo y políticamente influyente, formado por movimientos religiosos que predicaban el evangelio social (*Social Gospel*), asociaciones caritativas y filantrópicas, académicos, escritores y periodistas, se unieron a los luchadores sindicales en sus reclamos, y pronto fueron capaces de incidir en la dirigencia política con diferentes planteos de reforma social. Así, el período que va entre las décadas de 1890 a 1920 se conoce en los USA como la *Progressive Era*.

Esta rara confluencia de acción político-social, conocimiento científico y fe religiosa (“Acción, conocimiento y fe” era un lema de época) constituye una extraña amalgama para nuestros códigos culturales –por cierto, también nuestra cultura política constituye una estrambótica amalgama, aunque para ellos-, pero forma desde entonces una veta importante del universo ideológico estadounidense. Se trataba de una cruzada con fuertes componentes moralizadores, que se horrorizaba por igual del consumo de alcohol o de la prostitución²⁵³, a la vez que rechazaba la corrupción gubernamental o judicial. Pero también estaba animada por una significativa franja política progresista que bregaba por la igualdad de condiciones sociales como requisito de una vida democrática plena, junto con la defensa de la libertad individual y la iniciativa privada como requisito de la prosperidad económica. En este heterogéneo universo progresista es posible reconocer –al menos- dos vertientes, y ambas las encontramos bien representadas por distinguidos pensadores de la Universidad de Chicago (Cuadro Nro. 5).

Cuadro Nro. 5. Dos vertientes del pensamiento progresista norteamericano en el período de entreguerras

Los “representantes del pragmatismo, con Dewey a la cabeza, lucharon por el derecho sindical a la negociación colectiva y se unieron a los trabajadores para limitar el poder creciente de los monopolios. Pero no eran contrarios al capitalismo porque entendían que los elementos *productivos* de la sociedad tenían intereses y valores comunes...” (Picó & Serra, 2010, p.10).

“Con toda seriedad, pues, y pensando con cuidado mis palabras”, escribió Albion Small (1854-1926), fundador de la Escuela de Chicago y uno de los pioneros de la sociología en USA, “inscribo mi convicción de que la ciencia social es el más santo sacramento que se puede ofrecer a los hombres” (Coser, 2001, p. 327).

²⁵³El autor de *La ética protestante* tomó nota que al anochecer en Chicago, en una calle lateral de la *city*, “las prostitutas se colocan en escaparates, con luz eléctrica, ¡y exhiben los precios!” (Weber, 1997, p. 291).

Pero si la cruzada moralizadora indujo a muchos universitarios al estudio detallado de la realidad social y a un fuerte compromiso con reformas políticas, también coadyuvó a generar algunos resultados paradójicos para la ciudad de Chicago, en particular, y para la cultura norteamericana de entreguerras, en general: unos marcarán buena parte de su destino a sangre y fuego, mientras que otros se convertirán en un innegable distintivo cultural a escala global. Tal vez por aquello de que “nadie sabe para quién trabaja”, una acotado amasijo de imágenes y de nombres pueden servir de rápido e ilustrativo resumen: Al Capone y Elliot Ness; Louise Armstrong y Eddie Condon; Dashiell Hammett y Raymond Chandler; Joseph von Sternberg y Howard Hawks²⁵⁴.

Este breve y arbitrario recuento puede hacer eje en una fecha simbólica, 1917, y en un lugar ubicado casi mil kilómetros hacia el sur en los Estados Unidos: la ciudad de New Orleans. Como es sabido, dicha localidad es considerada la cuna del jazz, y su principal foco de irradiación entre 1897 y 1917. Ese año es una fecha clave para este género musical por dos razones principales. Por un lado, en el mes de febrero la *Nueva Orleans Original Dixieland Jass Band* grabó el que se considera el primer disco en la historia del jazz (de una cara, “Livery Stable Blues”; de la otra, *Dixieland Jass Band One-Step*). Por otro, respondiendo a presiones de grupos religiosos y moralistas, las autoridades de New Orleans cierran el barrio de *Storyville*, donde había proliferado la prostitución legal, los bares, los cabarets y otros sitios donde se escuchaba y se bailaba el jazz. Los músicos deben emigrar en busca de trabajo, y lo hacen hacia las dos ciudades más importantes del país, en las que no existían normas tan severas: New York y Chicago. De hecho, los intérpretes que se congregaron en la *Windy City* fueron tan importantes que dieron origen a un estilo dentro del jazz, que adoptó el nombre de la ciudad: el “estilo Chicago” (en New Orleans se le daba más importancia a la banda, que toca en conjunto, con instrumentos portables; mientras en el caso de Chicago es característico resaltar el papel de los instrumentos solistas, y la incorporación más frecuente del piano). Por cierto, este interesante entramado político y cultural configura un trípode con un soporte tecnológico específico que permitió esa primera grabación que mencionamos: hacia 1878 Thomas Alva Edison inventa el “fonógrafo” (grabación en cilindro), y una década después el alemán Emile Berliner desarrolla el “gramófono” (grabación en disco); pero la producción masiva de ese aparato comenzará recién en las primeras décadas del siglo XX, y con ella la música popular adquirirá un enorme impulso en diferentes geografías.

Dos años después de aquella fecha, la lucha moralizante ganará otra batalla que –de manera paradójica- terminará desencadenando una guerra. En efecto, la aprobación de la llamada *Ley Seca* en 1919, que comenzará aplicarse a partir de 1920, coronó “un siglo de campañas a favor de la sobriedad”. Entre sus principales promotores corresponde citar a “la Unión de Mujeres Cristianas por la Sobriedad, la Liga Anti-bares y muchas congregaciones protestantes”. Todas ellas criticaban el negativo impacto que la bebida ocasionaba en el trabajo, en la disolución de las familias, a la vez que se cuestionaba “el prominente papel de los bares en las comunidades de

²⁵⁴ Esta incompleta enumeración deja afuera otra típica creación americana de la época, más ligada desde sus inicios a los patrones sociales de supremacía blanca y de superioridad nacional: la saga de los superhéroes; un análisis clásico en (Eco, 1984).

inmigrantes” (Crary, 2020). La norma prohibió la producción, la venta y la distribución de toda bebida alcohólica que superara el 0,5% de gradación, incluyendo el vino y la cerveza, y fue precedida por una serie de hitos legislativos y disposiciones judiciales –menos conocidas pero no menos importantes- que fueron desplazando la vigilancia médica y farmacéutica de diversos tipos de drogas al exclusivo control policial. Y si bien es claro que la ley no “creó” las bandas delictivas, lo cierto es que generó fenomenales *incentivos* económicos para el desarrollo de un mercado negro apoyado en la violencia homicida, estimuló el reclutamiento de jóvenes “soldados” bien pagos a modo de verdaderos ejércitos callejeros, alentó la creación de redes criminales organizadas con amplia cobertura territorial, y solidificó una turbia coalición de intereses entre políticos, jueces y policías como imprescindible sostén institucional del delito²⁵⁵.

Pero esa feroz mescolanza de negocios oscuros, crímenes y corrupción será, a su vez, la materia prima que nutrirá las mejores creaciones de la llamada “novela negra” o novela policial “dura”. Este nuevo tipo de literatura de detectives, de asesinos y de uniformados -entre cuyos más destacados exponentes cabe mencionar a Dashiell Hammett y a Raymond Chandler-, comienza a desplegarse en un período clave de la historia estadounidense: entre la violencia desatada por la *Ley seca* y los estragos de la crisis socio-económica de 1929. Pero esas creaciones eran también una reacción contra los ecos finales de cierta veta romántica que todavía campeaba en la literatura norteamericana. Así, en el prólogo a un libro de Francis Bret Harte, Jorge Luis Borges transcribe la opinión del escritor John Albert Macy, quien hacia 1912 observó: “nuestra literatura es idealista, melindrosa, endeble, dulzona”, y en esa línea no extrañaba encontrar “el curtido conquistador de desiertos rompe a cantar, y en su cantar hay una rosa y un pequeño jardín”. Frente a ese panorama, razona el autor argentino, se comprende mejor el auge de los *hard-boiled writers*, como Hemingway, Caldwell, Farrell, Steinbeck, James Cain, ya que con ellos, “la literatura norteamericana de nuestro tiempo no quiere ser sentimental y repudia a todo escritor que es susceptible de ese epíteto. Ha descubierto que la brutalidad puede ser una virtud literaria” (Borges, 1998, pp.123-124)²⁵⁶.

Claro que esa brutalidad estaba lejos de ser gratuita. Como bien apunta Juan Carlos Martini en el prólogo a *Dinero sangriento*, de Dashiell Hammett, la irrupción de la novela negra significó “una lúcida reflexión sobre la realidad, una aproximación y una respuesta al problema de la violencia”. Con un agregado que constituye una marca en el orillo del nuevo género: sus protagonistas saben de antemano, a diferencia de los sofisticados y corteses personajes de la decimonónica novela-problema, “que el conflicto no tiene solución: las causas de un crimen no se solucionan con el descubrimiento del criminal, porque esas causas se encuentran en la base misma del sistema social” (Giardinelli, 1997, p. 77).

²⁵⁵ La *Ley Seca* es, en buena medida, casi un paradigma extremo de lo que no hay que hacer frente a ciertos problemas públicos; tanto en términos sociológicos (Boudon, 1980; Linares Martínez, 2018), como en el análisis de políticas públicas (Slapak y Grigoravicius, 2007; Mansilla, 2017) ilustra bien el problema de los “efectos perversos”.

²⁵⁶ Dicho sea de paso, Borges rememora que nuestra literatura ha comprobado tempranamente –desde el siglo XIX- el provecho literario suministrado por la crueldad; desde esa época “nosotros ya podíamos exhibir *La refalosa* de Ascasubi, *El matadero* de Esteban Echeverría, el asesinato del moreno en el Martín Fierro, y las monótonas escenas atroces que despachaba con profusión Eduardo Gutiérrez” (Borges, 1998, p.123).

En este contexto, obras como *Cosecha roja* (1929), *El halcón maltés* (1930) o *El sueño eterno* (1939), constituyen vívidos testimonios de esa convulsiva época cuyo punto de llegada será no menos cruento, pero de una naturaleza muy distinta: el comienzo de la Segunda Guerra Mundial. En ese mismo lapso, la sórdida vida de las grandes ciudades, acosadas por la pobreza y la criminalidad, también comenzará a ser retratada en blanco y negro primero, y a todo color después, por una larga ristra de películas de gánsters.

Ahora bien, junto a esa lúcida reflexión sobre una realidad social feroz, atravesada por la implacable lógica del dinero y el poder, también hay un desplazamiento del *método* con que se aborda la materia literaria. Si las reglas del género policial llamado “clásico” o de “enigma” se alimentan del fetiche de la inteligencia pura que razona en solitario hasta alcanzar la solución del problema, como tuvimos ocasión de mostrar en capítulos anteriores en relación con el enfoque de *elección racional*, en la novela negra –nos dice Ricardo Piglia (1941-2017)- “no parece haber otro criterio de verdad que la experiencia”. En tal sentido, el escritor y crítico argentino subraya algunos rasgos de ese tipo de creación que, en un curioso juego de espejos, podríamos también asignar *-mutatis mutandis-* a algunas de las contribuciones sociológicas de Chicago. De acuerdo con el autor de *Respiración artificial*:

(...) el investigador se lanza... al encuentro de los hechos, se deja llevar por los acontecimientos y su investigación produce fatalmente nuevos crímenes; una cadena de acontecimientos cuyo efecto es el descubrimiento, el desciframiento. Son dos lógicas, puestas una a cada lado de los hechos. En el medio, entre la novela de enigma y la novela dura, están el relato periodístico, la página de crímenes, los hechos reales (Piglia, 1993, p. 102)²⁵⁷.

En el marco de este rápido paralelo que estamos trazando, no es un dato menor que uno de los artífices de la Escuela de Chicago, Robert E. Park (1864-1944), haya sido -antes que sociólogo- periodista. Como confiesa en las páginas autobiográficas de su “Life History”, aparecidas en la *American Journal of Sociology* a comienzos de los años setenta, y que nos permiten atisbar algunos elementos singulares de su vida, “he construido mi mente para que vaya por sí sola a la experiencia y lleve a mi alma... todas las alegrías y las penas del mundo”. Y con parejo ánimo de conocimiento riguroso y reforma social, Park descendía a los bajos fondos, donde le gustaba especialmente “husmear en las casas de juego y en los fumaderos de opio” (Ritzer, 1998, p. 62). En esta tarea que precedió a lo que luego sería su formal inserción en la vida universitaria,

[Park] describió con nítidos detalles la vida en la ciudad: descendía al terreno, observaba y analizaba, y finalmente redactaba sus observaciones. De hecho,

²⁵⁷ Para no incurrir en cierta “melancólica ley”, que vale tanto para la literatura como para para la teoría social o la filosofía, según la cual “para rendir justicia a un escritor hay que ser injusto con otros” (Borges, 1998, p.123), cabe destacar que en *El Mastín de los Baskerville* (1902), Sherlock Holmes no se mantiene como un razonador puro y sedentario, alejado de los hechos y fumando un aromático cigarro en su comfortable sala de Baker Street; al contrario, hace auténtico *trabajo de campo* y le “pone el cuerpo” en todo momento a la investigación.

estaba haciendo el tipo de investigación... que llegaría a convertirse en el rasgo distintivo de la sociología de Chicago, a saber: la etnología urbana que recurre a las técnicas de la observación participante (Ritzer, 1998, p. 62).

Ciertamente, como ya hemos tenido oportunidad de señalar en otras partes de este libro, en la línea que va de Panofsky a Bourdieu (1994), encontramos un probable fenómeno de *homología estructural* entre diversos modos de abordaje de la realidad —el registro periodístico, el literario o el sociológico— que intentan trascender los límites estrechos de un tipo de enfoque hipotético-deductivo, “objetivista” o “externalista”, para analizar las aristas multiformes de una emergente conflictividad social desde la plural perspectiva de los actores. Volviendo al análisis de Piglia:

El policial norteamericano se mueve entre el relato periodístico y la novela de enigma. La figura que define la forma del investigador privado viene directamente de lo real; es una figura histórica que duplica y niega al detective como científico de la vida cotidiana. Maurice Dobb cita varios documentos sobre la situación social en EE.UU. en los años '20 que permiten ver surgir al investigador privado en las grandes ciudades industriales como una policía privada contratada por los empresarios para espiar y vigilar a los huelguistas y a los agitadores sociales... Pero al mismo tiempo hay un modo de narrar en la serie negra que está ligado a un manejo de la realidad que yo llamaría materialista. Basta pensar en el lugar que tiene el dinero en estos relatos. Quiero decir, basta pensar en la compleja relación que establecen entre el dinero y la ley... En última instancia... el único enigma que proponen —y nunca resuelven— las novelas de la serie negra es el de las relaciones capitalistas: el dinero que legisla la moral y sostiene la ley es la única “razón” de estos relatos donde todo se paga (Piglia, 1993, pp. 102-103).

Esta lógica donde todo se paga llegará tempranamente al cine en 1927. Ese año se estrena la *Ley del hampa* (1927), dirigida por Joseph von Sternberg, que habitualmente es considerada como la primera película de gánsters (dicho sea de paso, Borges era un profundo admirador de Sternberg, y su modo de narrar la violencia en las orillas de Buenos Aires algo le debe al director austrohúngaro). Unos pocos años más tarde *Scarface* (1932), de Howard Hawks, describe el sangriento ascenso de Al Capone a la cima del poder criminal en Chicago. Esta película tuvo una remake en 1983 con el mismo título —*Cara Cortada*— bajo la dirección de Brian de Palma y protagonizada por Al Pacino y Michelle Pfeiffer, aunque el guión se adaptó a otro escenario. En esta saga es ineludible mencionar el enfrentamiento de Capone contra el agente federal Eliot Ness, y su grupo de “intocables”, un selecto equipo de policías y funcionarios estatales, reconocidos por su arrojo e incorruptibilidad, que lograron poner al temible *Scarface* tras las rejas. El propio Ness junto a Oscar Fraley contaron esa experiencia en un exitoso libro publicado en 1957; la obra se convirtió luego en una serie televisiva, protagonizada por Robert Stack, transmitida entre 1959 y 1963, y que se vio largo tiempo en nuestro país; y más tarde, en 1987, el ya citado Brian de Palma dirigió *Los intocables*, con Kevin Costner en el papel del agente Ness, Robert de Niro como Capone, y Andy García y Sean Connery como involuables integrantes del famoso equipo. No menos espectacular fue la persecución y muerte de John

Dillinger, acaecida también en Chicago en 1934, precedida por una larga cacería encabezada por el agente Melvin Purvis en el terreno, y por J.E. Hoover desde su oficina federal de Washington. Las andanzas de Dillinger fueron varias veces llevadas a la pantalla grande, la última de ellas en 2009 – bajo el título *Enemigos públicos*– con la participación de Johnny Depp (como Dillinger), Christian Bale (como Purvis) y Marion Cotillard²⁵⁸.

De este modo, sobre el trasfondo de pandillas callejeras, crimen organizado, violencia e inseguridad, pero también de desarrollo capitalista acelerado, de profundas transformaciones en la estratificación social, y de una creativa y subyugante modernización cultural, la Escuela de Sociología de Chicago producirá un conjunto de sugerentes trabajos donde la ciudad emerge como “modelo espacial y orden moral”, y en el que se observa un “verdadero inventario de la modernidad”: grupos sociales territorialmente anclados, segregaciones raciales y culturales, diversos patrones de desviación e integración, movilidad social y exclusión, organizaciones y redes, mentalidades y sociabilidad (Homobono, 2000, p. 16).

Investigación micro-sociológica

El método pragmático... consiste en tratar de interpretar cada noción de acuerdo con sus consecuencias prácticas...

William James, PRAGMATISMO ([1907], 1945, p. 48)

Robert E. Park escribió en 1925 que los “métodos de observación participante” de Boas y Lowie debían tener aplicación fecunda en Little Italy, Greenwich Village o el barrio del North Side de Chicago. Casi tres décadas después, en 1952, Everett Hughes no dirá otra cosa cuando declare que el sociólogo debe ser “el etnólogo de su propio tiempo, que saque a plena luz los aspectos menos evidentes de su propia cultura” (Winkin, 1991, p. 37).

Al recordar –hacia 1982– sus años de formación en Chicago, Joseph Gusfield rememoró una broma que circulaba entre los estudiantes de entonces y que sirve como ilustrativa radiografía de lo que era estudiar sociología en los Estados Unidos en la inmediata posguerra. Así, el título de una tesis de doctorado, cuyo tema común fuera el consumo de alcohol, podía llegar a ser muy distinto en tres diferentes y prestigiosas universidades norteamericanas. En Harvard tendría un

²⁵⁸ Recorrer los diversos modos en que la narrativa cinematográfica estadounidense se ha hecho cargo de mostrar la violencia criminal –y en menor medida, policial– en los USA, nos llevaría una vida entera. Anotamos nada más un punto referido al período que estamos considerando: el paso de la desaforada y caótica violencia de las pandillas –que ya mencionamos– al más racional y previsible negocio capitalista del crimen organizado está –a nuestro juicio– bien descrito en la película *Los jóvenes gangsters* (1991), que narra la historia de Meyer Lansky, Bugsy Siegel, Charlie “Lucky” Luciano y Frank Costello. Sobre el visionario fundador del imperio de los casinos en Las Vegas puede verse *Bugsy* (1991). Por su parte, Meyer Lansky recorre buena parte de la historia norteamericana, y por supuesto, de sus películas: poco antes de la Revolución Cubana lo encontramos regenteando burdeles en La Habana de Fulgencio Batista (véase su fugaz aparición –caracterizado como Hyman Roth– en *El Padrino III*, 1990). El conflicto entre los habituales y lucrativos negocios de la Maffia (prostitución, juego, alcohol, protección territorial, etc.) y el nuevo desafío de los estupefacientes aparece retratado –como se sabe– en *El Padrino I* (1972). Una película más reciente que muestra la violencia policial es *Detroit* (2017), de Kathryn Bigelow.

título pretencioso y abstracto bajo la égida de la obra de Talcott Parsons, algo así como “Modos de descompresión cultural de los sistemas sociales occidentales”; en Columbia se percibiría el peso teórico de Robert K. Merton y de la metodología de Paul Lazarsfeld, por lo cual el trabajo podría llamarse más bien “Funciones sociales del consumo de alcohol, según una investigación nacional”; finalmente, en la Universidad de Chicago, el título de la “misma” tesis sociológica iría por la siguiente línea: “La interacción social en el Jimmy’s bar de la calle 55”. Como dirá Gusfield, en clave algo más reflexiva al referirse a su propia formación en esta última universidad:

Era una metodología que obligaba firmemente al estudiante a atenerse a lo que podía ver, oír y tocar directamente. La interpretación y la imaginación venían en segundo lugar. Las abstracciones y las teorizaciones no basadas en la experiencia de la observación concreta eran sospechosas. Las perspectivas, las teorías, las doctrinas y los conceptos generales podían ser necesarios para emprender la investigación, pero había que someterlos al mundo específico, particular y real de la experiencia (citado en Winkin, 1991, p. 38).

En términos generales, podríamos decir que la perspectiva metodológica original de Chicago se apoya tanto en el desarrollo de nuevas estrategias de uso y recolección de datos, así como en la fuerte voluntad de producir información de primera mano:

Todas las investigaciones realizadas por los miembros de la *Escuela de Chicago* se apoyaron en mayor o menor medida en información documental que incluía *documentación no personal* (como registros públicos, de asociaciones de asistencia social, de iglesias, censos, entre otros) y varios tipos de *documentación personal* (principalmente en la forma de autobiografías, diarios íntimos y cartas personales). Sin embargo, estas fuentes se articulaban, las más de las veces, con el desarrollo de *trabajo de campo* (entrevistas formales o informales y observaciones con distintos grados de participación). Esto último tenía como finalidad el acceso en directo al fenómeno social abordado, y muchas veces permitía construir los corpus de *documentos personales* a analizar en el marco de las investigaciones (Santos, 2008, pp. 59-60).

Un puñado de clásicas investigaciones sociológicas mostró el enorme potencial de articular estas distintas pero convergentes estrategias. Así, por ejemplo, en *The Hobo* (1923), Nels Anderson se convierte en pionero en el uso de la observación participante como método de investigación para explorar la vida de vagabundos y personas sin hogar. En el ya mencionado *The Gang* (1927), Frederic M. Thrasher releva información de primera mano sobre más de 1300 pandillas juveniles en Chicago entre 1919 y 1926, y analiza con agudeza a estos grupos como un canal de integración social alternativo, en particular para migrantes desarraigados de barrios marginales. En una línea semejante, el trabajo clásico de Louis Wirth, *The Ghetto* (1928), constituye un estudio de caso sobre la comunidad judía en el marco de una serie de tensiones en el marco de procesos de aislamiento y acomodación a la vida de la ciudad.

En estas y otras típicas investigaciones de la Escuela, la producción original de información personal, así como el trabajo de observación directa sobre el terreno, se apoyaba también en un trabajo previo que el Departamento de Sociología de Chicago no creó, pero que ayudó a preservar, a incrementar y a enriquecer: una importante red de agencias estatales y de organizaciones de la sociedad civil que venían produciendo de manera sistemática información social sobre diferentes aspectos de la vida de la ciudad.

En este punto volvemos a encontrarnos con la precursora obra de Jane Addams, quien funda la *Hull House* en 1889, en uno de los barrios más vulnerables de la ciudad, que funciona inicialmente como un centro educativo-asistencial pero que a la par que provee importantes servicios sociales se vuelve un nodo de recolección y procesamiento de valiosa y original información social. El centro, a su vez, cubre un amplio espectro de tareas comunitarias y de integración social, que van desde servicios de salud y alimentación, o cursos de instrucción en oficios, hasta la organización de clases y conferencias de mayor vuelo científico, entre cuyos disertantes se contaban –nada menos– que autores como John Dewey o George H. Mead, con quienes Addams mantenía un fructífero intercambio intelectual. Puesto que las residentes eran casi todas mujeres de un alto nivel de formación profesional, la *Hull House* se fue convirtiendo en un centro especializado de investigación social aplicada, “orientada a producir conocimientos que permitieran fundamentar la necesidad de reformas legislativas y políticas sociales que tendieran a mejorar la calidad de vida de la población” (Travi, 2015, pp. 148-149). De aquí que se haya afirmado con justa razón que la *Hull House* “era para las mujeres sociólogas, lo que la Universidad de Chicago era para los hombres sociólogos: el centro institucional para la investigación y el pensamiento social” (Miranda A., 2010, p. 33)²⁵⁹.

Claro que esta esta voluntad de estricto apego empírico no debería confundirse con un rechazo (general) a la teoría, sino más bien con la renuencia a aceptar ligeramente cierto tipo de teoría. De este modo, los discípulos de las generaciones más jóvenes que se formaron bajo el manto de la sociología de Chicago, manifestarán una desconfianza mayor hacia lo que se llamará “gran teoría”, e incluso marcará cierta distancia frente al modelo más acotado de las “teorías de alcance medio”, desplazándose más bien a lo que podríamos llamar una visión “minimalista” o de “caja de herramientas” (o quizá propiamente “analítica”) de la teoría. Como muchos años después dirá Erving Goffman, en agosto de 1981, en los papeles preparatorios de su discurso ante la ASA:

Tengo grandes dudas sobre el valor de las teorías sociológicas generales de estos últimos años y aún sobre las teorías de alcance medio. (La facilidad con que empleamos el término ‘teoría’ por doquier en Sociología, no el no tener ninguna, es lo que nos distingue de estos discípulos que las hacen). Sin embargo, creo que el suministro de una sola distinción conceptual, si pone nuestros datos en orden, los ilumina y se complace descubriendo sus perfiles, puede justificar nuestra pretensión de ser observadores de la sociedad. Y

²⁵⁹ La vida y la obra de Addams merecerían un espacio que lamentablemente no le podemos dar aquí; además de los ya citados (Miranda Aranda, 2010 y Travi, 2015), pueden consultarse los trabajos y la bibliografía de referencia de (García Dauder y Pérez Sedeño, 2015; González Guede, 2015; Binetti, 2016).

también es cierto que habremos fracasado gravemente si no conseguimos descubrir los procesos, los *mecanismos*, las estructuras y las variables que permiten ver a otros lo que no habían visto o relacionar lo que no habían juntado. Lo que necesitamos, creo, es una modesta pero perseverante *calidad analítica (analyticity)*: necesitamos marcos conceptuales de *bajo alcance*” (Goffman citado en Winkin, 1991, p. 46. Cursivas nuestras)²⁶⁰.

Del pragmatismo al interaccionismo simbólico

*You're so mean and evil / You do things you shouldn't do
You're so mean and evil / You do things you shouldn't do
And you've got my brand of honey / Guess I'll have to put up with you
I was going to Chicago but...*

Count Basie & Jimmy Rushing, *GOING TO CHICAGO BLUES*, 1957.

La Escuela de Chicago abrevó en distintas fuentes intelectuales desde sus comienzos y a lo largo de su desarrollo en las primeras décadas del siglo XX. Entre esas fuentes podemos destacar fundamentalmente dos tipos de enseñanzas que tendrán un legado duradero entre los sociólogos y las sociólogas que se formarían en Chicago. Una de ellas está ligada a las obras filosóficas originales de autores como William James, John Dewey o Charles S. Pierce, en tanto fundadores de la corriente pragmatista. La otra está focalizada en los escritos psico-sociales de George H. Mead, cuya orientación teórica será bautizada por sus discípulos como “interaccionismo simbólico”. Mientras la segunda etiqueta es más nueva, aparece recién a finales de la década del '30 y Mead nunca la usó, la primera tiene una historia más larga e identificó desde el comienzo a sus defensores²⁶¹.

En tal sentido, si bien el término “pragmatismo” aparece hacia 1878 en un artículo escrito por Charles Sanders Pierce (“How to Make our Ideas Clear?”), la corriente terminó de configurarse por los aportes de James, Dewey y Mead. El punto a recordar aquí es que entre 1894 y 1904 Dewey y Mead (provenientes de la Universidad de Michigan) se instalaron en el Departamento de Filosofía de la Universidad de Chicago y desde allí sistematizaron sus principios e irradiaron sus enseñanza a varias jóvenes generaciones.

²⁶⁰ Para un tratamiento más específico de la perspectiva metodológica de Chicago puede consultarse (Azpúrua G., 2005; Santos, 2008; Piovani, 2011).

²⁶¹ A estas lecturas podríamos agregar, sin duda, una influencia europea de capital importancia en los primeros tiempos de la Escuela de Chicago, pero que queda fuera de estos apuntes centrados en los autores norteamericanos propiamente dichos; nos referimos, por supuesto, a la obra Georg Simmel (1858-1918). Podrían señalarse –al menos- tres elementos de su producción que fueron especialmente valorados por la sociología de Chicago, y que en buena medida aún hoy nos siguen inspirando con su lectura: el análisis del gesto como paradigma de sociabilidad (Sabido Ramos, 2017), el papel creativo y autónomo del orden de la interacción (Ritzer, 1993), y su lectura de la ciudad como *locus* específico de la modernidad (Frisby, 1990 y 1992; Gil Villegas, 1996; Picó y Serra, 2010).

Tras las huellas del pragmatismo

Todas las acciones de un individuo llevan el sello de su comunidad, tan firmemente como el lenguaje que habla.

John Dewey, NATURALEZA HUMANA Y CONDUCTA ([1922] 1964, p. 286)

En sus inicios el pragmatismo (del término griego “pragma”= acción) era el nombre de un método filosófico que pretendía extraer el significado preciso de una creencia, una idea o un término del lenguaje a partir de derivar de ellos sus consecuencias efectivas en la práctica, y extraer así su “significado pragmático”. Pero paulatinamente se convirtió en una denominación más general, también más ambigua e imperfecta, para referirse a una “doctrina para la cual el significado y la verdad del pensamiento están determinados (de alguna manera) por criterios de *utilidad práctica*” (Thayer, 1983: 128). En palabras del filósofo pragmatista contemporáneo más importante, Richard Rorty, “la doctrina central del pragmatismo representa la propuesta de reemplazar la distinción entre apariencia y realidad... por la distinción entre descripciones más útiles y descripciones menos útiles de las cosas” (Rorty, 1996, p.13).

Desde el punto de vista filosófico el pragmatismo se opone a la matriz dualista, de raíz platónica, que René Descartes elabora como principio rector del pensamiento moderno. En este sentido, el pragmatismo es *una* de las corrientes contemporáneas que impugna la tradición de la *filosofía de la conciencia*: de Descartes a Hegel, pasando por Kant, y que puede remontarse a Platón; la otra respuesta surge en Europa continental a partir de las reflexiones de F. Nietzsche, y es continuada en diferentes registros por la obra de Martin Heidegger, Michel Foucault o Jacques Derrida (Cuadro Nro. 6).

Cuadro Nro. 6. Críticas filosóficas al “fundacionalismo”

PRAGMATISMO	FILOSOFÍA (POST) WITT-GENSTEINIANA	FILOSOFÍA (POST) NIETZSCHEANA
<p>Charles S. Peirce (1839-1914)</p> <p>William James (1842-1909)</p> <p>John Dewey (1859-1952)</p> <p>George H. Mead (1863-1931)</p> <p>Charles W. Morris (1901-1979)</p> <p>Richard Rorty (1931-2007)</p> <p>Vincent Colapietro (1950-)</p>	<p>-L. Wittgenstein II,</p> <p>-W. V. O. Quine,</p> <p>-Wilfrid Sellars</p> <p>-Donald Davidson</p>	<p>-F. Nietzsche,</p> <p>-M. Heidegger,</p> <p>-M. Foucault,</p> <p>-J. Derrida</p>

Podríamos decir que una vía intermedia –por llamarla de alguna manera- cancela “desde adentro” las pretensiones “fundacionalistas” (encontrar un fundamento último indubitable para

el conocimiento y la acción) de la tradición platónica; se trata del derrotero marcado por la evolución del *positivismo lógico*, que se convierte en *filosofía analítica* del lenguaje ordinario a partir del “segundo” Wittgenstein, y que se terminaría “pragmatizando” –a juicio de Rorty- en la obra posterior de W. V. O. Quine, Wilfrid Sellars y Donald Davidson. La lectura de Rorty acepta, de todos modos, que en los últimos años se ha producido un “contragolpe” de críticas al pragmatismo por parte de autores “realistas”, que abrió una nueva serie de debates (Rorty, 1996, p. 29 y ss.). Asimismo, conviene adelantar, que desde el punto de vista sociológico el pragmatismo se opone también al utilitarismo individualista de Herbert Spencer, pero en una dirección diferente a la de Parsons y sus seguidores. Siguiendo libremente el esquema de interpretación propuesto por Rorty (Cuadro Nro. 7), podríamos señalar los siguientes como los más importantes rasgos del pragmatismo:

Cuadro Nro. 7. Rasgos principales del pragmatismo filosófico²⁶²

- **Naturalización del conocimiento;**
- **Caracterización *disposicional* de las creencias;**
- **Anti-esencialismo;**
- **Elaboración deliberativa/cooperativa del saber;**
- **Apertura a la contingencia.**

Naturalización del conocimiento

En las antípodas de la tradición platónica y aristotélica, o de las elucubraciones escolásticas y teológicas posteriores, los pragmatistas ubican el conocimiento como un mecanismo de adaptación biológica. Los organismos necesitan conocer para defenderse del peligro, adaptarse al entorno y dominar las fuerzas de la naturaleza. Según esta perspectiva naturalista del conocimiento el propio desarrollo del lenguaje es fruto de las necesidades de cooperación social con los demás, a la vez que es constitutivo de nuestro ser social y de la necesidad de categorizar el mundo para poder intervenir con eficacia. Como resumen Picó y Serra:

El pensamiento y la acción humana actúan por la necesidad de responder a los problemas, el pensamiento y la acción están provocados por la *tensión* que se suscita entre las necesidades de nuestros organismos y el medio ambiente que ha de satisfacer esas necesidades. Los seres humanos pensamos y actuamos con el fin de reducir esa *tensión*. Por tanto, las ideas no son algo que está ahí fuera de nosotros esperando ser descubiertas, sino herramientas que

²⁶² Para un tratamiento actualizado del pragmatismo véase (Colapietro, 2020). Un recorrido por diversas facetas de esta corriente –clásica y contemporánea- puede encontrarse en los distintos trabajos del equipo de investigación liderado en FAHCE por Cristina Di Gregori, en particular (Di Gregori y López, 2014).

la gente utiliza para enfrentarse al mundo, y no se desarrollan de acuerdo con una lógica interna, sino en la interacción social con los demás; son respuestas provisionales y contingentes a circunstancias particulares, por lo cual la supervivencia depende no de su inmutabilidad, sino de su capacidad de adaptación (2010, p. 20. *Cursivas nuestras*)²⁶³.

Caracterización *disposicional* de las creencias

En un texto autobiográfico, en el que cuenta el surgimiento del pragmatismo, Charles S. Peirce recordaba que a principios de la década de 1870 un grupo de jóvenes de *Old Cambridge*, entre los que se contaban Alexander Bain, Chauncey Wright, William James y él mismo, se reunían para discutir y estudiar bajo el mote desafiante de “Club Metafísico”. En aquellas discusiones, “se insistía en la importancia de aplicar la definición de Bain de creencia, según la cual es *aquello por lo cual un hombre está dispuesto a actuar*. A partir de esta definición –concluía Peirce-, el pragmatismo es poco más que un corolario” (Citado en Thayer, 1983, p. 133).

En este sentido, será sobre todo John Dewey (alumno durante un breve tiempo de Peirce) quien desarrollará la concepción de las ideas como “plan de acción” orientadas a la resolución de problemas. Así, “el plan está dirigido a un futuro en por lo menos dos sentidos: como algo por hacer y algo que se espera como resultado de esa acción”, de modo que “todo plan de acción marca la diferencia entre situaciones por resolver y situaciones resueltas”, por lo que “la adecuación de una idea depende de las consecuencias a las que conduce” (Torres Hernández, 2003, p. 124). Este punto, permite enunciar resumidamente un principio clave del pragmatismo:

Las ideas... nunca crean aquello sobre lo que actúan, aunque una nueva creación puede ser la consecuencia de su acción. Cuando no hay una diferencia relevante que pueda especificarse en la clase de acciones que se siguen de abrigar dos ideas, las ideas son lógicamente una y la misma, incluso aunque parezcan diferentes; cuando las diferencias que puedan señalarse son observables, las ideas son lógicamente diferentes, incluso aunque suenen de un modo parecido (Hook, 2000, p. 50).

En este marco, para la tradición pragmatista (como luego lo será también para la corriente analítica liderada por el “segundo” Wittgenstein), una creencia no es meramente una ocurrencia mental, un estado de consciencia o una representación intelectual, sino “un estado disposicional adquirido, que causa un conjunto coherente de respuestas y que está determinado por un objeto o situación objetiva aprehendidos” (Villoro, 1998, p. 71). En términos algo más formales, diremos que *creo que* “p” cuando tengo una disposición a actuar como si “p” fuese un estado efectivo del mundo. Por ejemplo: “estoy dispuesto a vadear este río, porque *creo que* su cauce es tranquilo”. Esta caracterización se opone a cualquier visión “mentalista” o “idealista” –tal cual lo ha supuesto la concepción dominante de la filosofía occidental- que definen la creencia como un

²⁶³ Para un desarrollo actual de este punto de vista véase F. Broncano (2003).

elemento dado en la conciencia privada. Por el contrario, el pragmatismo ubica en el núcleo de la definición las relaciones y compromisos concretos de un actor con el mundo –natural o social– en un determinado contexto de sentido y de acción. De todos modos, no deberíamos perder de vista que en la definición propuesta “interviene la disposición a actuar pero no la acción misma”, esto es, “creer no implica necesariamente actuar como se cree” (Villoro, 1998, p. 73)²⁶⁴.

Anti-esencialismo

El pragmatismo –ha dicho Rorty– “es sencillamente la aplicación del antiesencialismo a nociones como *verdad*, *conocimiento*, *lenguaje*, *moralidad* y semejantes objetos de especulación filosófica” (Rorty, 1996, p. 243). Este punto es especialmente importante al considerar la “esencia” de la *verdad* –según la clásica definición aristotélica– como correspondencia entre el lenguaje y los hechos del mundo, que es reemplazada por una visión *coherentista* de la relación entre lenguaje y un marco de interpretación que consideramos útil o adecuado para nuestros fines. Como enfatiza Rorty:

Los pragmatistas nos dicen que es más bien en el vocabulario de la práctica que en el de la teoría, más bien en el de la acción que en el de la contemplación, donde podemos decir algo provechoso acerca de la verdad... Afirmar que existe un isomorfismo entre las partes de las oraciones verdaderas debidamente analizadas y las partes del mundo con ellas emparejadas parece plausible cuando se trata de oraciones como “Júpiter tiene satélites”... No lo parece tanto en el caso de... “el universo es infinito”. Cuando queremos aprobar o condenar oraciones del último tipo, mostramos cómo la decisión de aseverarla está inextricablemente unida a todo un conjunto de decisiones sobre qué terminología emplear, qué libros leer, en qué proyecto embarcarnos, qué vida llevar... La manera natural de enfocar dichas oraciones, nos dice Dewey, no es preguntar: “¿Reflejan la verdad?”, sino más bien, “¿Qué significaría creerlas?”, ¿Qué sucedería si lo hiciese?”, ¿A qué me comprometería?” (Rorty, 1996, p. 244).

Elaboración deliberativa/cooperativa del saber

Descartes convirtió el derecho individual a dudar –nos dice Hans Joas– en “el firme fundamento de una filosofía basada en la certeza del yo pensante y dubitante... Sin embargo, al mismo tiempo se crearon los difíciles o imposibles problemas de constituir, sobre la base del yo pensante, el mundo, el cuerpo, y el tú, el sujeto opuesto al yo” (Joas, 1990, p. 117). En este sentido,

²⁶⁴ Excede largamente el objetivo de estas notas, y posiblemente también las capacidades de su autor, adentrarse en los vericuetos lógicos y epistemológicos del análisis de la creencia. Anoto al pasar que la noción de “determinación por el objeto” es una afirmación fuerte y discutible, pero pone de manifiesto que las creencias no son voluntarias sino generadas a partir de la aprehensión de hechos en un marco de sentido: “quisiera creerte, pero no puedo...”. Señalo nada más dos líneas críticas aunque en el marco de la interpretación defendida en estas páginas: sobre el carácter ineludible de la noción de “verdad” para definir las creencias véase Hurtado (2003); sobre la necesidad de precisar la noción de “disposición a actuar”, véase Ortiz-Millán (2007).

el punto de partida pragmatista de Peirce es contrario al enfoque cartesiano que ha dominado largamente la filosofía occidental. En un texto de 1934 incluido en sus *Collected Papers*, nos dice lo siguiente:

No podemos partir de la duda absoluta. Tenemos que comenzar con todos los prejuicios que ya teníamos cuando empezamos a estudiar filosofía. Una máxima [como la cartesiana de dudar de todo] no puede desvanecer estos prejuicios, pues son cosas que no se nos ocurre que puedan ponerse en cuestión. De ahí que este escepticismo inicial sea un mero autoengaño, y no una duda verdadera; y nadie que siga el método cartesiano estará enteramente satisfecho hasta que haya recuperado formalmente todas aquellas creencias que había adoptado [...] Es cierto que una persona puede, en el curso de sus estudios, encontrar razones para poner en duda lo que había comenzado creyendo; pero en tal caso duda porque tiene una razón positiva para hacerlo, y no por causa de la máxima cartesiana. (Citado en Joas, 1990, p. 118).

Para escapar al encierro lógico en el que –a juicio del pragmatismo- habría quedado atrapada la filosofía moderna, se hace necesario sustituir “el concepto rector del cartesianismo, el del yo que duda en solitario, por la idea de una búsqueda cooperativa de la verdad a fin de enfrentarse con problemas reales que surgen en el curso de la acción”. De este modo, se transforma totalmente la relación entre conocimiento y realidad: “el concepto de verdad ya no expresa una correcta *representación* cognoscitiva de la realidad..., sino un aumento del *poder para actuar* en relación con un entorno” (Joas, 1990, p. 118. *Cursivas mías*). Para los pragmatistas –enfatisa Rorty- “toda investigación... sigue las pautas de una deliberación en torno a las ventajas relativas de diversas alternativas concretas (Rorty, 1996, p. 245).

Este desplazamiento en la definición del saber, y de una visión fuerte de la *verdad* como correspondencia, a una concepción que se sustenta en la idea de *justificación* en el marco de una comunidad práctica de hablantes (científicos o legos, políticos o moralistas), es calurosamente defendida por el filósofo norteamericano: “Necesitamos reformular nuestras ambiciones intelectuales en términos de relaciones con los otros seres humanos, más que en términos de relación con la realidad no humana... Nunca sabremos con seguridad si una creencia es verdadera, pero podemos estar seguros de que nadie es actualmente capaz de invocar objeciones residuales, de que todos coinciden en que merece ser sostenida” (Rorty, 2007, p.12)²⁶⁵.

Apertura a la contingencia

Una elección fundamental a la que se enfrenta el pensamiento reflexivo, dice Rorty, es “aceptar el carácter contingente de los puntos de partida o intentar escapar de esta contingencia”. La

²⁶⁵ Voy a pasar por alto la discusión acerca de si la noción de *justificación* es un sustituto completo (o no lo es) de una definición plausible de *verdad*. El debate puede seguirse en el citado texto de Rorty en polémica con Jürgen Habermas (2007), en la discusión entre (Engel & Rorty, 2007) y en el libro de Engel (2008).

doctrina pragmatista se inclina por la primera opción porque considera que “la investigación no tiene ningún otro límite que el que impone la conversación; no tiene ningún límite general que venga dictado por la naturaleza de los objetos, de la mente o el lenguaje, sino sólo ciertas limitaciones deducibles de los dictámenes de nuestros colegas”. De este modo, el pragmatismo rechaza las pretensiones “fundacionalistas”, de encontrar un fundamento último indubitable para el conocimiento y la acción, que ha sido un hilo conductor del pensamiento occidental desde la antigüedad clásica hasta el pensamiento moderno. Si abandonamos la esperanza de alcanzar ese *fundamento* indubitable (o el *método* infalible que nos llevará a él), concluye Rorty, “perderemos lo que Nietzsche llamaba ‘confort metafísico’, pero quizá restablezcamos nuestro sentimiento de pertenecer a una comunidad” (1996, p. 247).

En resumen, y apelando a algunas etiquetas rápidas, podríamos decir que el *pragmatismo* articula una visión *naturalizada* del conocimiento, un concepto *disposicional* de las creencias, una teoría *anti-esencialista* (“coherentista”) de la verdad, una concepción *deliberativa* del cambio científico y una interpretación “instrumentalista” (anti-fundacionalista) de las teorías.

El camino hacia el interaccionismo simbólico

El mundo es un teatro de mil riesgos; es inestable, extrañamente inestable.

John Dewey, EXPERIENCIA Y NATURALEZA
([1925, 1929]1948, p. 43).

Podemos comprender mejor la mirada filosófica que hemos esbozado en las líneas anteriores, si apelamos a un ejemplo que nos permite observar una interacción social concreta. Vamos a tomarlo de *El corazón de las tinieblas* (Heart of Darkness), una novela de Joseph Conrad (1857-1924), publicada en 1899. La obra narra (en pasado) la travesía que un marinero -Charlie Marlow- realizó años atrás por un río tropical africano en busca de un tal Kurtz, el jefe de una explotación de marfil²⁶⁶. En un momento de la narración nos dice su protagonista:

Tenía que estar al tanto del gobierno del barco, evitar troncos, y hacer que marchara aquella caja de hojalata por las buenas o por las malas... A ratos tenía, además, que vigilar al salvaje que llevaba yo como fogonero. Era un espécimen perfeccionado; podía encender una caldera vertical... Observaba el regulador de vapor y el carburador de agua con un evidente esfuerzo... Era útil porque había recibido alguna instrucción; lo que sabía era que si el agua desaparecía de aquella cosa transparente, el mal espíritu encerrado en la caldera mostraría su cólera por

²⁶⁶ La obra de Conrad sirvió libremente de inspiración a F.F. Coppola para su película *Apocalipsis now* (1979).

la enormidad de su sed y tomaría una venganza terrible. Y así sudaba, calentaba y observaba el cristal con temor... (Conrad, 1977, p. 62).

Este breve párrafo de la novela nos permite plantear dos problemas que nos llevan a vincular el pragmatismo con su continuación sociológica, el *interaccionismo simbólico*.

En primer lugar, pensemos en los criterios de verdad que guían al esclavo y al marinero. En un caso el fundamento es la religión, en el otro es la ciencia, pero ambos sirven a idéntico propósito: que la caldera funcione y que el motor del barco no se detenga. ¿Diríamos que uno sostiene una creencia falsa y otro una verdadera? ¿O que ambos sostienen creencias “verdaderas” (adecuadas) para sus fines? Por lo que venimos señalando, una respuesta consistente con los postulados pragmatistas se inclinaría por esta última posibilidad; en rigor, un pragmatista –a la Rorty- eludiría en este contexto una referencia a la *verdad* de los enunciados, y diría simplemente que ambas explicaciones son igualmente *útiles*, dados los fines y los marcos de referencia interpretativa en que se mueven el esclavo y el marinero.

Pero a la luz de una epistemología “realista” se podría pretender una comparación –simultánea, *sincrónica*- entre ambas creencias, y preguntarse cuál de las dos es “realmente” verdadera. O bien podemos plantear una comparación entre las creencias de manera *diacrónica*: pensemos que la escena se produce en tres momentos diferentes de la historia. Así, el mismo esclavo (con las mismas creencias religiosas) está bajo el dominio de tres marineros distintos: (i) el primero ha sido educado en las tradiciones químicas previas a Lavoisier y cree en la existencia del “flogisto”, (ii) el segundo posee el saber que le atribuye Conrad a finales del siglo XIX, y finalmente (iii) el tercero conoce los rudimentos de la teoría atómica actual. ¿Qué diría una interpretación “realista” y otra pragmatista en cada momento? ¿Qué diríamos de la “verdad” de cada proposición si tratáramos de comparar los tres momentos?

En todos los casos (tanto en la comparación *diacrónica* como en la *sincrónica*) la solución pragmatista pasa por someter cada proposición a la deliberación crítica de una audiencia (o de varias audiencias) y aceptar las proposiciones sobrevivientes a la crítica, orientadas en su capacidad de resolver problemas (dados los objetivos prácticos de dichas audiencias), sin postular en ningún caso la “correspondencia” entre esas proposiciones y una realidad externa (Rorty, 2007)²⁶⁷.

En segundo término, veamos ahora el problema desde una perspectiva más sociológica (o psico-social): ¿Cómo hizo el capitán del barco (no lo hizo el marinero) para enseñarle su labor al esclavo? ¿Cómo se gestaron las creencias del esclavo en torno a la caldera? O si preferimos decirlo de otro modo: ¿Cómo hizo el esclavo para comprender lo que el capitán, por la fuerza, le quería enseñar? Dejemos de lado la salida fácil de buscar (para este caso) a un/a traductor/a,

²⁶⁷ Nótese de paso que la comparación *diacrónica* le brinda al pragmatista la oportunidad de tener una conversación animada, pero carece de toda utilidad práctica (no así para la epistemología realista); en cambio, la comparación *sincrónica* entre creencias guarda un vivo interés para los dos bandos: con algunas creencias –por ejemplo- hacemos andar la caldera o curamos enfermedades, pero no con otras.

porque entonces el problema lógico se traslada al vínculo entre dos hablantes de diferentes lenguajes, o al problema del primer traductor o traductora, etc.

En cualquiera de los casos nos encontramos siempre ante el desafío hermenéutico de comprender los *mecanismos* concretos de la interacción. Tengamos en cuenta que se trata de un caso límite, donde la posibilidad de aprender (o no) a realizar una actividad define la vida o la muerte del desdichado, pero que el mismo entuerto social se presenta habitualmente en condiciones mucho más benignas. Las perspectivas “holistas” nos entregan dos modelos de interpretación: uno de ellos apela al esquema de *incorporación de un rol* (o de un *habitus*), el otro enfoque echa mano al desembozado *ejercicio de la dominación* fundado en el acceso privilegiado a recursos estratégicos (económicos, políticos, institucionales, etc.). Sin dudas, el capitán se ubica en una posición de dominador y el esclavo –a fin de cuentas- aprende a manejar la caldera del barco en su forzado rol de fogonero, pero ambas miradas nos ofrecen lentes demasiado gruesas para el detalle fino que busca comprender los *mecanismos (concretos) de la interacción* y del aprendizaje a lo largo de nuestra vida. Como reza el dicho popular: “se puede arrastrar un caballo hasta el río, pero es más difícil obligarlo a tomar agua”.

En tal sentido, en algún momento, amo y esclavo tuvieron que “traducir” órdenes y explicaciones entre dos universos cognitivos diferentes, presentar sus perspectivas, comprender sus fines, negociar tareas y aceptar límites (pensemos, por caso, que explotar hasta la muerte a un esclavo ponía al capitán ante la onerosa tarea de obtener un reemplazante, y luego volver a invertir tiempo, dinero y esfuerzo en enseñarle...). Así, hay que imaginar el esfuerzo del capitán por penetrar en el mundo simbólico del esclavo –y la voluntad en paralelo del futuro fogonero por comprender las necesidades del capitán- de modo de encontrar un terreno común (contextual, lingüístico, gestual, etc.) donde expresar los objetivos de cada uno. En otros términos, lo que estamos señalando es que nos encontramos ante una situación social donde una *interacción simbólicamente mediada* permitió coordinar las expectativas de ambos actores para alcanzar sus metas. ¿Cómo fue posible? ¿Qué condiciones se requieren para llevar adelante esa interacción? ¿De qué modo influye la situación en el proceso de interacción?

Es claro que no se pueden subestimar estas preguntas y por eso vale la pena insistir en el punto: para los diferentes “holismos” (marxismo, estructural-funcionalismo, etc.) los desafíos del aprendizaje cognitivo han sido desde hace muchos años un problema, tanto teórico como práctico. Dejando de lado la pretendida salida a través del burdo conductismo pavloviano, que durante algún tiempo ensayaron los soviéticos, tanto los frankfurtianos como Parsons –entre otros- apelaron a Freud para salir del paso. Pero en el mejor de los casos la plataforma freudiana servía para comprender cierto tipo de aprendizajes (por ejemplo, roles sociales), pero no para explicar cómo se incorporan competencias comunicativas (lenguaje) o para entender cómo adquirimos saberes específicos (por ejemplo, álgebra o historia medieval). De ahí, entonces, que una variada familia de teorías del aprendizaje a lo largo del siglo XX ha tratado de superar tales escollos, entre las que cabe destacar los esfuerzos de Jean Piaget (1896-1980) o de Lev Vygotski (1896-1934), y en la actualidad, el amplio espectro de las ciencias cognitivas. Con todas ellas, de un modo u otro, es posible ligar de manera fructífera los hallazgos del *interaccionismo simbólico*.

Excursus: Borges, Bioy Casares y William James

El pragmatismo no quiere coartar o atenuar la riqueza del mundo; quiere ir creciendo como el mundo

Jorge Luis Borges, Nota Preliminar a W. James, EL PRAGMATISMO (1945, p.12)

Antes de pasar al último tema de estos apuntes aprovechamos para introducir una sucinta nota de color local. El pragmatismo clásico ingresó a nuestro país no sólo a partir de fuentes filosóficas y académicas, también lo hizo de la mano de la literatura.

Hasta donde sabemos, Borges heredó de su padre (que era profesor de Psicología) y de Macedonio Fernández (que se carteaba con el filósofo estadounidense) la entusiasta lectura de William James. En 1945 el autor de *Ficciones* escribe la Nota Preliminar a la edición argentina de *Pragmatismo*, una serie de conferencias donde se presentan los ejes principales de la doctrina, y en la que ubica a James en una larga saga “aristotélica” (por oposición a la línea “platónica” de Leibnitz, Kant o Hegel); a esa “lúcida tradición” –empirista, nominalista y analítica, de prosa clara y precisa- pertenecerían también Guillermo de Ockham, John Locke y David Hume, entre otros (Borges, 2007, p. 215)²⁶⁸.

Ese mismo año, en la misma editorial, Adolfo Bioy Casares publica la primera edición de *Plan de Evasión* (Buenos Aires, 1945). Ambientada en una siniestra prisión en una isla caribeña, la novela narra los extraños experimentos psicofísicos que realiza con los presos el director general de la cárcel, Castel, según lo reconstruye un marino que ha llegado para desempeñarse como ayudante. El punto a destacar aquí es que el supuesto soporte teórico de Castel, y en buena medida de la novela misma, descansa en la obra de James. Así lo explica el protagonista:

Vemos a la distancia un determinado rectángulo, y creemos ver (sabemos que es) una torre cilíndrica. William James afirma que el mundo se nos presenta como un indeterminado flujo, una especie de corriente compacta, una vasta inundación donde no hay personas ni objetos, sino confusamente, olores, colores, sonidos, temperaturas... La esencia de la *actividad mental* consiste en cortar y separar aquello que es un todo continuo, y agruparlo, *utilitariamente*, en objetos, personas, animales, vegetales... Como literales sujetos de James, mis pacientes se enfrentarán con esa renovada mole, y en ella tendrán que remodelar el mundo. Volverán a dar significado al conjunto de símbolos. La vida, las preferencias, mi dirección, presidirán esa busca de objetos perdidos,

²⁶⁸ Borges no abandonó nunca a James. Al final de su vida, incluyó los dos tomos de *Las variedades de la experiencia religiosa. Estudio sobre la naturaleza humana* en su colección “Biblioteca Personal”; el prólogo está fechado en 1986, año de la muerte del escritor (Borges, 1988, p. 126). Sobre las relaciones intelectuales que vinculan a William James, Macedonio Fernández y los Borges (padre e hijo) puede consultarse (Guardia Lezcano, 2004); sobre James y la “tradición inglesa” en Borges pueden consultarse (Nubiola, 2005; Castany Prado, 2007). Cabe recordar que el padre de Borges daba clases de Psicología, en inglés, en el Colegio de Lenguas Vivas; el voluminoso tratado de William James *The Principles of Psychology* (1890) era el eje del programa (Vaccaro, 2006, p. 20).

de los objetos que ellos mismos inventarán en el caos” (Bioy Casares, 1974, p. 165. *Cursivas nuestras*).

La construcción de la novela es compleja y no se deja referir en pocas líneas; tampoco sus fundamentos filosóficos, científicos y literarios, en los que Bioy fusiona –entre otros elementos– elaboraciones psicológicas de James con los programas poéticos de Charles Baudelaire (1821-1867) y de Arthur Rimbaud (1854-1891). Baste decir que algunos elementos centrales de la trama de *Plan de evasión* anticipan ideas que muchos años después aparecerán en la película *Matrix* (1999)²⁶⁹.

George Herbert Mead y el interaccionismo simbólico

Hay ciertos filósofos que parecen guardar rencor a las imágenes por no ser cosas, y a las palabras por no ser sentimientos... De ninguna manera diría que las sustancias existen para posibilitar las apariencias, ni los rostros para posibilitar las máscaras, ni las pasiones para posibilitar la poesía y la virtud. En la naturaleza nada existe para posibilitar otra cosa; todas estas fases y productos están implicados por igual en el ciclo de la existencia...

George Santayana, SOLILOQUIES IN ENGLAND AND LATER SOLILOQUIES (1922).

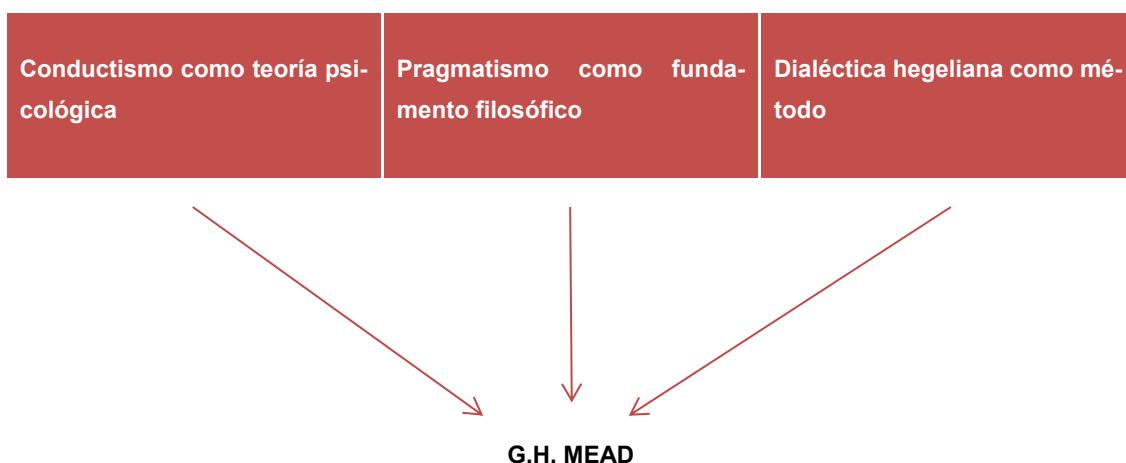
A finales de los años treinta Herbert Blumer bautiza con el nombre de “interaccionismo simbólico” la corriente que se identifica con las enseñanzas originales de George H. Mead (1863-1931) en Chicago. La etiqueta hace referencia a dos aspectos íntimamente conectados: por un lado, recupera la idea de que las ciencias sociales no estudian aisladamente a los seres humanos, sino en el marco de relaciones intersubjetivas, recíprocas, interpersonales; por otro, destaca el punto según el cual dichas interacciones están siempre mediadas por sistemas de símbolos, tales como los gestos o el lenguaje (Joas y Knölb, 2016, pp.133-134).

Nacido en Massachusetts (1863), Mead estudia filosofía y psicología social; después de “trabajar algunos años como profesor de instituto, consejero de algunas empresas ferroviarias y tutor particular”, hacia 1887 comenzó sus estudios de posgrado en Harvard, que luego continuó en Leipzig y en Berlín, aunque nunca obtuvo un título universitario formal; en 1891 se incorpora a la Universidad de Michigan y luego, en 1894, John Dewey le propuso trasladarse a la Universidad de Chicago, donde permaneció hasta el final de su vida (1931) a cargo de la cátedra de “Psicología social”, desarrollando actividades académicas, pero también participando activamente en la política y en los movimientos de reforma de la ciudad (Ritzer, 1998 b, p. 221).

²⁶⁹ Es muy recomendable leer el estudio preliminar de Alberto Manguel para introducirse –sin perderse– en los vericuetos de la novela (Bioy Casares, 1974). Para una lectura más detallada pueden consultarse las notas de Daniel Martino (Bioy Casares, 2012, p. 697 y ss.).

Aunque publicó muchos trabajos en el campo de la psicología social –nos dice Charles W. Morris al presentar su libro *Mind, Self & Society* en 1932- “el profesor Mead nunca sistematizó en forma más amplia su posición y los resultados obtenidos” (Morris, 1982: 19). Por eso la exposición fundamental de su obra fue elaborada a partir de transcripciones taquigráficas de sus célebres y concurridas clases, de notas manuscritas del propio Mead, así como de apuntes de clases de sus estudiantes²⁷⁰. Un punto de especial interés en el pensamiento de Mead es el modo original en el que articula tres tipos de influencias (Cuadro Nro. 8).

Cuadro Nro. 8. Tres tipos de influencias en el pensamiento de Mead.



En 1953, al escribir la presentación castellana de *Espíritu, Persona & Sociedad* para la Biblioteca de Psicología Social y Sociología de Paidós, Gino Germani sostiene que el aporte esencial del autor norteamericano –al plantear la superación de la vieja dicotomía entre individuo y sociedad- puede resumirse en tres puntos fundamentales:

- Historicidad del “individuo” como autoconciencia, es decir anterioridad histórica de la sociedad sobre la persona individual;
- Formulación de una hipótesis naturalista acerca del desarrollo del individuo autoconsciente a partir de la matriz de las relaciones sociales;
- Función esencial que en la formación del yo se asigna a la “adopción de papeles” y a la internalización de lo cultural (Germani, 1982: 14).

Seguiremos en líneas generales este esquema a efectos de presentar algunas de las categorías fundamentales del pensamiento de Mead.

²⁷⁰ El libro editado por Charles W. Morris, con notas de Hans Joas & Daniel R. Huebner, ha sido traducido al castellano como: *Espíritu, persona & sociedad* (Paidós, 1972).

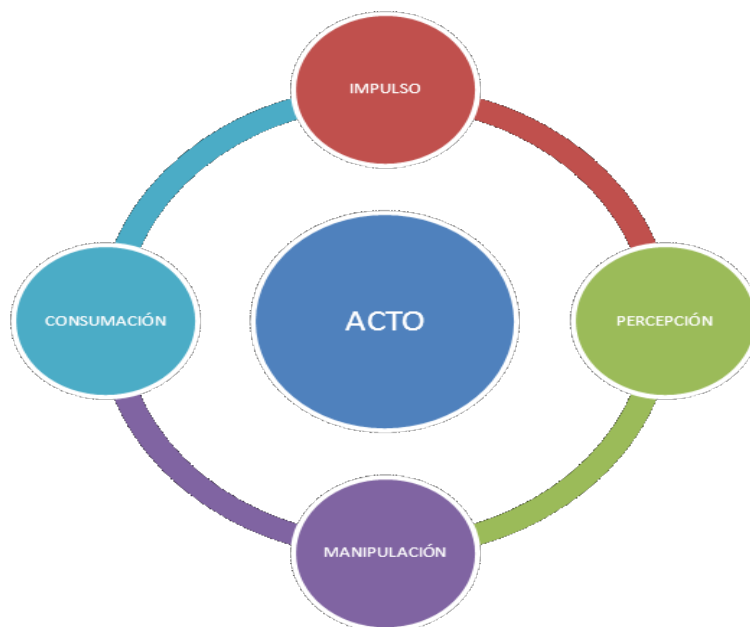
En cuanto al primer punto Germani nos dice que la “aserción del carácter histórico evolutivo de la *conciencia de sí*, constituye la última etapa de un proceso de progresiva relativización del espíritu humano, otrora considerado eternamente idéntico a sí mismo”. En tal sentido, el mérito de Mead, de acuerdo con la interpretación del sociólogo ítalo-argentino, consiste en haber “proporcionado una hipótesis coherente acerca de ese desarrollo, y, sobre todo, haber mostrado cómo no puede concebirse sino a partir de una vida social preexistente” (1982pp. 14-15). Esta prioridad de lo social queda bien explicitada con palabras del propio Mead:

En psicología social no construimos la conducta del grupo social en términos de la conducta de los distintos individuos que componen; antes bien, *partimos de un todo social determinado* de compleja actividad social, dentro del cual analizamos (como elementos) la conducta de cada uno de los distintos individuos que lo componen. Es decir intentamos explicar la conducta del individuo en términos de la conducta organizada del grupo social en lugar de explicar la conducta organizada del grupo social en términos de la conducta de los distintos individuos que pertenecen a él. Para la psicología social, el *todo (la sociedad) es anterior a la parte (el individuo)*, no la parte al todo; y la parte es expresada en términos del todo, no el todo en términos de la parte o las partes (Mead, 1982, p. 54. *Cursivas nuestras*).

Podríamos pensar que este principio es el punto de partida de Mead, que lo emparenta con otros autores de la tradición sociológica y europea clásica (desde Marx a Durkheim, por caso). Su originalidad, en cambio, radica en el modo que tiene de pensar el vínculo de conformación de la consciencia en la relación entre individuos de una sociedad. De este modo,

(...) Mead puso los cimientos de una teoría sobre el proceso de formación de la identidad que podía constituir el núcleo de una teoría de la socialización. Con el pensamiento pragmatista pudo clarificar la formación de la “autoconciencia” en situaciones de interacción. No es el actor individual el eje de estas reflexiones, sino *el actor entre actores*. Mead rompió en lo fundamental con la concepción según la cual la psicología social y la sociología puede construirse partiendo del sujeto individual (Joas y Knöbl, 2016, p. 131).

El segundo punto nos lleva a la necesidad de distinguir entre el “acto” y el “gesto”, a la vez que nos obliga a considerar el especial papel de la actividad psíquica y del lenguaje, en el desarrollo del individuo autoconsciente, en el marco de una matriz de relaciones sociales. Para Mead la unidad más primitiva para pensar la acción es el “acto”, integrado por un circuito de cuatro elementos que van del *impulso* a la *consumación* (Cuadro Nro. 9).

Cuadro Nro. 9: El acto según Mead

Es importante destacar que para Mead el “acto” está conformada por *cuatro fases* vinculadas de manera orgánica (o dialéctica), a saber:

- * **Impulso:** nos encontramos aquí con un “estímulo sensorial inmediato” (para tomar el ejemplo proporcionado por Ritzer: sentimos hambre), a lo que sobreviene la necesidad (el impulso) de hacer algo para saciarla;
- * **Percepción:** el actor busca –tanto a través de los sentidos como de imágenes mentales- diversas opciones para satisfacer su impulso. En este caso, por ejemplo, descubre una planta que puede –eventualmente- satisfacer el hambre;
- * **Manipulación:** en esta fase se produce una “pausa temporal” en la que la respuesta física es suspendida de manera momentánea para *deliberar* acerca del curso a seguir: la planta encontrada ¿Será comestible? ¿Será venenosa? ¿Tendrá buen gusto?, etc. Como destaca Ritzer: “las personas no responden simple e inmediatamente a los estímulos externos, sino que más bien consideran y sopesan la respuesta a través de imágenes mentales” (1998, p.222). Aquí hay una fase de reflexión por manejo de símbolos (diferente al mecanismo de estímulo-respuesta directo, típico del *conductismo*) que nos lleva a determinar si vamos a comer o no la planta;
- * **Consumación:** en esta etapa, finalmente, se concreta la acción orientada a satisfacer el impulso original: comemos la planta para superar el hambre, con base en la creencia de que –por ejemplo- no es venenosa, tiene un sabor agradable, etc.

Ahora bien, mientras el *acto* involucra a un solo individuo (en nuestro ejemplo, una persona hambrienta en contacto con la naturaleza), el *acto social* implica dos o más personas, y en ese marco el *gesto* es –de acuerdo con Mead- el elemento constitutivo que sostiene un acto social en particular, y de manera más general, el proceso social en su conjunto. En términos de Mead “los gestos son movimientos del primer organismo, y actúan como

estímulos específicos, provocando las reacciones (socialmente) adecuadas del segundo organismo» (Mead, 1982, p. 60)²⁷¹. Tanto los animales inferiores como los humanos son capaces de efectuar gestos, y de interactuar a partir de ellos (Mead pone el ejemplo típico de una pelea de perros), pero mientras que los animales inferiores sólo pueden elaborar gestos “no significativos”, los seres humanos agregan a los primeros los gestos “significativos”, es decir, aquéllos donde la reflexión opera como elemento mediador entre el estímulo dado por el gesto de una persona y la respuesta de la otra; el sistema de gestos significativos más importante, por supuesto, es el lenguaje hablado y escrito²⁷².

De acuerdo con Mead, el desarrollo de los gestos significativos integrados en el lenguaje constituye el factor más importante en la trayectoria evolutiva particular de la vida humana. Ante la pregunta ¿Cuál es el *mecanismo* básico mediante el cual se lleva a cabo el proceso social? El autor norteamericano responde sin ambages:

“Es el mecanismo del gesto, que hace posibles las reacciones adecuadas para la conducta mutua, por parte de los distintos organismos individuales involucrados en el proceso social. Dentro de cualquier acto social dado se efectúa una adaptación, por medio de los gestos, de las acciones de uno de los organismos involucrados a las acciones de los otros... El campo de operación de los gestos es el campo dentro del cual el surgimiento y desarrollo de la inteligencia humana se ha llevado a cabo durante el proceso de simbolización de la experiencia... La especialización del animal humano dentro de este campo del gesto ha sido responsable, en definitiva, del origen y desarrollo de la actual sociedad humana y de sus conocimientos, con todo el dominio sobre la naturaleza y sobre el medio humano que posibilitado por la ciencia” (Mead, 1982, p.60).

Estas observaciones nos llevan al tercer punto -señalado por Germani-, como una de las aportaciones centrales de Mead: la función clave que tiene en la formación del yo la “adopción de papeles” y la internalización de la dimensión cultural. Podemos introducir la cuestión a partir de un par de citas especialmente ilustrativas. Por un lado, recordemos algo que en 1921 escribió Dewey, y que puede ser reafirmado hoy sin cambiar una línea: “puede considerarse la mente sólo como un sistema de creencias, deseos y propósitos que se originan en la acción recíproca entre las aptitudes biológicas y el medio social (Dewey, 1964, p. 11). Por otro lado, nos referimos a un comentario del filósofo y psicólogo William James, quien observó alguna vez que cuando nos encontramos con alguien, en realidad se trata de una reunión de seis personas: las que cada uno piensa que es, las que cada uno piensa que el otro (o la otra) es y las que realmente son.

²⁷¹ Volveremos a encontrar esta mínima unidad gestual en Simmel, y por supuesto, en Goffman.

²⁷² Para quienes recuerden la película *Yo, robot* (2004), seguramente tendrán presente que el avanzado prototipo NS-5 (Sonny) es capaz de múltiples habilidades, pero no puede comprender el gesto del detective Del Spooner (Will Smith) cuando le guiña un ojo a otra persona, y el robot le pide al personaje de Smith que se lo explique.

Ambas ideas nos llevan directamente a la noción de *self*, que literalmente puede ser entendida como “sí mismo”, y que para Mead remite a la capacidad mental, pero construida socialmente, de considerarse a uno mismo como objeto. La prueba para el autor norteamericano de esa construcción viene dada porque –a su juicio- ni los animales inferiores ni los niños o niñas al nacer poseen *self*, pero éste se va desarrollando con la interacción, y no se pierde aunque atravesemos largos períodos de soledad o aún de aislamiento, como el caso de Robinson Crusoe que reflexionaba para sí sobre su condición, sobre lo que hacía bien o mal, etc.

El mecanismo general para el desarrollo del *self* es la actividad reflexiva, la capacidad de ponernos en el lugar de otras personas, y de este modo, mirarnos desde afuera, examinar lo que hacemos, evaluarnos, y actuar o no como lo hacen los otros. Como destaca Mead:

Es mediante la reflexión que el proceso sociales es internalizado en la experiencia de los individuos implicados en él; por tales medios, que permiten al individuo adoptar la actitud del otro hacia él, el individuo está conscientemente capacitado para adaptarse a ese proceso y para modificar la resultante de dicho proceso en cualquier acto social dado, en términos de su adaptación al mismo. La reflexión, pues, es la condición esencial, dentro del proceso social, para el desarrollo del *self* (Mead, 1982, p. 166)²⁷³.

Puesto que se desarrolla en el tiempo, es posible distinguir etapas en la elaboración del *self*, que se sitúan en la infancia de las personas. Mead distingue dos fases. La primera es la etapa del *juego*, en la cual niños y niñas aprenden a adoptar las actitudes de otros niños determinados. Si bien todos los animales inferiores juegan, de acuerdo con Mead solamente los seres humanos “juegan a ser otros” en sus interacciones. Pero la segunda fase es crucial y el autor la denomina la etapa del *deporte*. Mientras durante la fase anterior los participantes en un juego adoptan el papel de otros niños y niñas en particular, en esta fase quienes integran un deporte han de adoptar –de manera simbólica- las posiciones de *todos* quienes están involucrados en la interacción. Mead ilustra su análisis con un ejemplo tomado del béisbol:

(...) en un deporte en que están involucrados una cantidad de individuos, el niño que adopta un papel tiene que estar dispuesto a adoptar el papel de cualquier otro. Si se encuentra en la novena base de un partido de béisbol, tiene que tener involucradas las reacciones de cada posición en la propia. Tiene que saber qué harán todos los demás a fin de poder seguir con su propio juego. Tiene que adoptar todos esos papeles. No es preciso que estén todos presentes en la conciencia al mismo tiempo, pero en algunos momentos tiene que tener a tres o cuatro individuos presentes en su propia actitud, como, por ejemplo, el que está por arrojar la pelota, el que la recibirá, etc. En el deporte, pues,

²⁷³ Preferimos mantener en estas notas la expresión original de Mead, *self*, y evitamos seguir en este caso la traducción castellana en términos de “espíritu”.

hay una serie de reacciones de los otros, de tal modo organizadas, que la actitud de uno provoca la actitud adecuada de otro (Mead, 1982, pp. 181-182).

Es a través de esta etapa cuando se desarrolla en los niños y niñas el sentido del *otro generalizado*, esto es, la interiorización simbólica de la actitud del conjunto de la comunidad en algo propio del individuo. Sólo esta incorporación –cree el autor- le permite al *self* desarrollarse plenamente, elaborar raciocinios, configurar pensamientos abstractos, construir un sentido de objetividad, así como adquirir todas aquellas significaciones sociales que el pensamiento presupone (Mead, 1982, p. 186). Como destaca Alexander,

Para Mead el juego es una analogía, un microcosmos, de todos los sistemas y grupos sociales. Su comprensión de la gesticulación en los juegos le permite sostener que los gestos individuales son instituciones sociales.... Mead se interesa en los gestos no sólo porque indican cómo las situaciones individuales especifican lo social. También los usa para mostrar cómo se modifica lo social. El gesto implica un elemento de individualidad y libertad (Alexander, 1989, p. 171).

En resumen, tanto en el caso de los *actos* humanos, como de las *acciones* sociales (cuya mínima unidad es el *gesto*), la tradición pragmatista –de James a Mead- va a insistir en el papel mediador, activo, creativo, de los procesos simbólicos socialmente configurados. De aquí la insistencia de Mead en el sentido de que “concebimos el estímulo como una ocasión u oportunidad para actuar, no como una compulsión o mandato” (Mead, 1982, p. 28).

En ese marco, esta corriente no sólo se va a enfrentar contemporáneamente a las versiones más rústicas (pero influyentes) del *conductismo*, sino que las enseñanzas de Mead van a inspirar a sus discípulos –centralmente a Blumer- para confrontar después con el *estructural-funcionalismo* parsoniano, que se impondrá en los departamentos de ciencias sociales norteamericanos una generación posterior. A juicio de los autores “interaccionistas”, ambas teorías incurrirían en defectos análogos, al pasar por alto los procesos simbólicos (mentales, lingüísticos, imaginarios) por los cuales los seres humanos atribuimos significado a nuestros actos o a los elementos del entorno:

Para Blumer, el conductismo y el funcionalismo estructural tendían a centrarse en los factores (tales como los estímulos externos y las normas) que determinaban la conducta humana. En opinión de Blumer, ambas perspectivas ignoraban los procesos cruciales por los que los actores confieren significado a las fuerzas que actúan sobre ellos y sus propias conductas (Ritzer, 1998, p. 218).

Reflexiones finales

...la sociedad se parece a los caleidoscopios, que giran de vez en cuando, y va colocando de distinto modo elementos considerados como inmutables, con los que compone otra figura.

Marcel Proust, EN BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO. Vol. ii: a la sombra de las muchachas en flor. ([1919], 1995, p. 92).

Cuando el Sr. Swann fue a despedirse de Odette –nos cuenta Marcel Proust en el primer volumen de *En busca del tiempo perdido*-, ella le pidió “que se quedara un rato más, y hasta lo cogió del brazo para que no se fuera”, al momento en que ya estaba abriendo la puerta:

Pero él no se fijó, porque entre los muchos ademanes, frases e incidentes que constituyen la trama de una conversación, es inevitable que pasemos sin fijarnos junto a aquellos que ocultan esa verdad que nuestras sospechas andan buscando a ciegas... (Proust, 2000, p. 341).

Inspirado por las obras de Mead y de Simmel, así como por otros autores de la Escuela de Chicago, pero también por sus propias lecturas de Marcel Proust y por su previa experiencia de trabajo en el cine, Erving Goffman entendió desde un principio que el *gesto* era la más pequeña unidad de interacción social. Pero el gesto y la interacción conforman una unidad dialéctica indisoluble: porque es sólo en la “conversación de gestos” –para usar libremente la metáfora de Mead- que se alcanza un estado de comunicación eficaz, cuando el ademán entendido se realiza; o a la inversa, es en ese espacio siempre abierto a la contingencia y a la incertidumbre donde el intercambio se frustra tras la estela de la seña incomprendida.

En el segundo tomo de *En busca del tiempo perdido*, el protagonista y narrador del libro se desvive por acercarse a las muchachas que son conocidas de su amigo, el pintor Elstir: “el encuentro posible con ellas era el único elemento delicioso de mis días”, nos confiesa (Proust, 1995, p.403). Después de una larga espera de varias páginas, y de manera bastante imprevista, el momento finalmente está a punto de llegar; en esa circunstancia tan anhelada, nuestro autor prepara el terreno de lo que será una irrupción teatral inolvidable:

Al ver que el encuentro entre ellas y nosotros era inevitable, y pensando que Elstir me llamaría, me volví de espaldas..., dejando a mi ilustre compañero que siguiera su camino, me quedé atrás, como impulsado por súbito interés, mirando el escaparate de la tienda de antigüedades...; me agradó esa posibilidad de aparentar que estaba pensando en otra cosa distinta de tales muchachas; y ya presentía vagamente que cuando Elstir me llamara para presentarme a esas señoritas pondría yo esa clase de mirada interrogadora que revela no la sorpresa, sino el deseo de hacerse el sorprendido (y esto, o porque todos somos muy malos actores o porque el prójimo es siempre muy buen fisonomista)... (Proust, 1995, pp.424-425).

Pero Elstir no interpreta adecuadamente el rebuscado gesto de su amigo y el encuentro queda amargamente trunco. Aunque trivial y pasajero, este tropiezo por un movimiento corporal que no se comprende cabalmente es heredero de una matriz literaria mucho más antigua, y que nos pone sobre alerta acerca de la importancia clave de ese momento fundante de toda sociabilidad cifrada en la interacción. Se trata del célebre apólogo “El gesto de la muerte”, que diversas investigaciones remontan a la literatura judeo-talmúdica del siglo VI y a la tradición musulmana sufi de los siglos IX al XIII. El relato es resumido e incorporado a la novela *Le Grand Écart*, publicada por el escritor francés Jean Cocteau en 1923, y de allí lo toman Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares y Silvina Ocampo para incluirlo en su *Antología de la Literatura Fantástica*, ampliamente difundida en Hispanoamérica (Díez R., 2009). Dice así:

Un joven jardinero persa dice a su príncipe:
 -¡Sálvame! Encontré a la Muerte esta mañana. Me hizo un gesto de amenaza.
 Esta noche, por milagro, quisiera estar en Ispahán.
 El bondadoso príncipe le presta sus caballos. Por la tarde, el príncipe encuentra a la Muerte y le pregunta:
 -Esta mañana ¿por qué hiciste a nuestro jardinero un gesto de amenaza?
 -No fue un gesto de amenaza -le responde- sino un gesto de sorpresa. Pues lo veía lejos de Ispahán esta mañana y debo tomarlo esta noche en Ispahán
 (Cocteau, en Borges et al., 1965, p.149)²⁷⁴.

El compendio de estas pocas ilustraciones nos pone en la pista de una cuestión que queremos especialmente enfatizar en estas páginas: en las primeras décadas del siglo XX –desde la literatura a la filosofía, desde la sociología a la psicología- comienza a gestarse una nueva mirada sobre las relaciones sociales que trasciende la dicotomía clásica individuo/sociedad, o holismo/individualismo, y que ubica en el “orden de la interacción”, para citar el reconocido texto goffmaniano, su vector de análisis fundamental. Sin duda, un hito insoslayable de estas innovaciones contemporáneas lo constituyen los diversos y originales aportes de la Escuela Sociológica de Chicago.

En tal sentido, y de manera muy esquemática, podemos representarnos las contribuciones clásicas sobre el objeto de estudio de la sociología a partir de considerar tres niveles de análisis diferentes (Cuadro Nro. 10).

²⁷⁴ La ambigüedad y el sentido siempre incompleto de la gestualidad se integra para su comprensión en una red simbólica donde cuentan las contingencias de la interacción, la perspectiva de los otros interlocutores, el contexto de la comunicación, etc. En la década del '20 del siglo pasado, el cineasta y teórico del cine ruso Lev Kuleshov demostró el efecto de montaje cinematográfico que lleva su nombre: la interpretación de un gesto depende –no sólo pero también- de la secuencia de sentido en la que se encuentra. Eisenstein hará un soberbio uso de ese mecanismo perceptivo. Más abajo en estas páginas –en la sección sobre material web- se encontrará una simpática explicación del efecto a cargo de Alfred Hitchcock.

Cuadro Nro. 10. Niveles y objetos de estudio de la sociología clásica

Nivel de análisis	Objetos de estudio	Algunos autores seleccionados
Macro	La sociedad / Los “hechos sociales” / Los Modos de Producción / Imágenes del mundo	A. Comte E. Durkheim K. Marx M. Weber “T”
Meso	Las interacciones sociales	G. Simmel G. H. Mead
Micro	Las acciones “sociales” de los individuos / Los individuos como “átomos” sociales	M. Weber “W” H. Spencer

Dentro de las gruesas simplificaciones que asume el cuadro precedente vale nada más una aclaración. Con el caso de Max Weber surge el problema obvio de su ubicación epistemológica, a partir de optar por una de las dos grandes líneas de interpretación sobre su obra. Si partimos de la lectura contemporánea de Friedrich Tenbruck – y del debate desatado por su multicitado artículo de 1975 y sus trabajos posteriores-, la obra más importante, y por tanto, más “representativa” de su labor, son sus *Ensayos sobre sociología de la religión*; esta lectura entonces nos llevaría a ubicar “gráficamente” a Weber en la parte superior del cuadro, al poner el eje del estudio disciplinar en fenómenos “macro”, tales como grandes constelaciones de acción y de valor -capaces de orientar formas de vida- articulados en clave religiosa. Si en cambio nos inclinamos por la interpretación clásica de Johannes Winckelman, que pone en el centro de la producción weberiana la arquitectura conceptual desplegada en *Economía & Sociedad*, entonces concluiremos que son las acciones “sociales” de los individuos el objeto de investigación de la sociología. En virtud de que esta disputa –que ya nos hemos encontrado en otras partes de este libro- excede largamente las módicas pretensiones didácticas de estas notas, optamos por graficar un Weber “T” (Tenbruck) y un Weber “W” (Winckelman) en diferentes posiciones del esquema²⁷⁵.

²⁷⁵ Sobre el “debate Tenbruck” remitimos a la detallada presentación de Gil Villegas (2014); para un examen del individualismo metodológico en la obra weberiana puede consultarse (Naishtat, 1998; Duek, 2008; Peñalver López, 2010; Noguera, 2012). De algún modo, esta ambivalencia fundamental en Weber es paralela a la que encontramos en Marx, y que dio origen en los años sesenta –sobre todo en el ámbito intelectual francés- al llamado debate sobre las “mediaciones”, en particular a partir de la publicación en 1960 de la obra de Jean-Paul Sartre: *Crítica de la razón dialéctica* (De Ípola, 1984).

Pero más allá de esta controversia, lo que vale destacar aquí es que en las miradas de Mead o Simmel (que luego serán originalmente recreadas por Goffman) encontramos un par de orientaciones teóricas estratégicas: por un lado, la búsqueda de “un concepto de sociedad que no la redujera a una mera agregación de individuos ni la reificara en una entidad trascendente a éstos” (Joas, 1990, p. 126); por otro, el intento por captar la emergencia de formas, estructuras y lógicas sociales a partir de la materia esencialmente fluida de la interacción. Como nos recuerda el autor de *Sobre la aventura*:

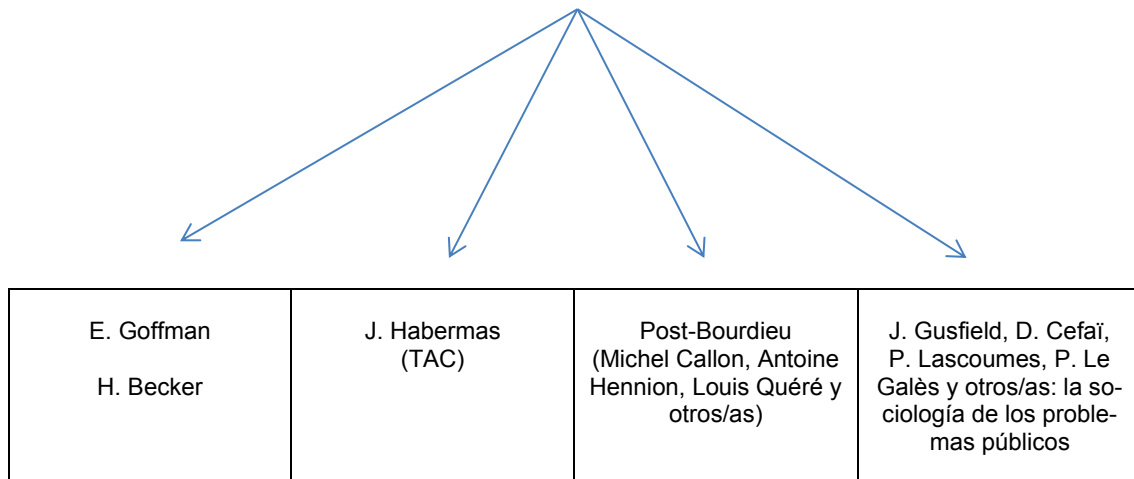
Estamos tratando aquí con procesos moleculares microscópicos dentro del material humano, por decirlo así. Dichos procesos ocurren realmente concate-nándose e hipostasiándose en unidades y sistemas sólidos, macro-cósmicos. El que las personas se fijen en las otras y estén celosas de ellas; el que inter-cambien cartas o cenen juntas, el que, aparte de todos los intereses tangibles, se atraigan ya por ser deseables como por lo contrario; el que la gratitud por actos altruistas se haga en beneficio de una unión inseparable; el que uno le pida al otro que le enseñe dónde está cierta calle; el que se vistan y adornen para agrandar a otras, éstas son sólo ilustraciones elegidas al azar de todo un espectro de relaciones que se dan entre los seres humanos. Pueden ser momentáneas o permanentes, conscientes o inconscientes, superficiales o profundas, pero mantienen constantemente el vínculo entre los hombres. A cada momento estos lazos de relación se alargan, se quiebran, se retoman otra vez, se sustituyen por otros, se entrelazan con otros (Simmel, 1977, pp. 29-30).

Tal vez en este punto no está de más recordar que la obra de Simmel había comenzado a difundirse tempranamente en tierras americanas con la publicación de una serie de artículos de su autoría en la *American Journal of Sociology*, bajo la dirección de Albion Small. Pero la influencia del sociólogo alemán se acentúa con la publicación de *Introduction to the Science of Sociology*. Este manual, publicado por Robert E. Park y Ernest Burgess en 1921, pone de manifiesto la concepción de sociedad de Simmel, como un conjunto de relaciones humanas y formación de grupos que “interactúan formal y dialécticamente en un continuo formarse y disgregarse”. De este modo, las relaciones entre individuo y sociedad son comprendidas a partir de “un fluir continuo”, una intersección permanente “de conflicto y consenso, que contempla a su vez socialización y extrañamiento en la formación de los grupos sociales y las comunidades” (Picó y Serra, 2010, p. 87).

Como sabemos, algunas vetas de esta línea de análisis –minoritaria y hasta marginal en su momento-, hoy en buena medida han pasado a ser dominantes en la teoría social contemporánea. Así, desde la multicitada noción de “campo” (Bourdieu) a las diferentes modalidades de los estudios de “redes” (Michael Mann, Manuel Castells, Bruno Latour, etc.) o al análisis de “dispositivos” (Foucault), pasando incluso por nociones articuladoras clave como “comunicación” (Luhmann) o “acción comunicativa” (Habermas), distintos autores ubican en un nivel de análisis “meso” los objetos de investigación construidos a partir de sus enfoques teóricos, en un intento por trascender las dicotomías fundadoras de la sociología europea clásica. De ahí que no resulte

extraño, entonces, que diferentes aristas del pensamiento *pragmatista-interaccionista* se puedan reencontrar en múltiples elaboraciones actuales, disímiles entre sí en muchos puntos, pero coincidentes en ciertos puentes conceptuales con esta ya venerable tradición (Cuadro Nro. 11). Como ha destacado un especialista, abriendo un espectro de cuestiones para un atractivo programa de investigación, tanto en la filosofía pragmática como en el interaccionismo simbólico, “pueden encontrarse ideas fundamentales sobre las teorías de la acción y el orden social sumamente relevantes para las tareas teóricas de la sociología actual” (Joas, 1990, p. 116)²⁷⁶.

Cuadro Nro. 11. Pragmatismo-interaccionismo simbólico clásico



Ahora bien, la construcción de marcos interpretativos ligados -de un modo u otro-, a planos de interacción situados y concretos, es claro que no suprime aunque sí desplaza a posiciones heurísticas posiblemente más promisorias, las consabidas tensiones entre -por ejemplo- agencia y estructura, o entre la “fijación” epistemológica de categorías de análisis y la fluencia continua de los procesos sociales reales. La primera tensión está -a nuestro juicio- aguda, clara y sintéticamente planteada por el último trabajo de Goffman -que hemos elegido para leer y discutir en el ítem de *actividades* de este capítulo- en torno al “acoplamiento laxo” del orden de interacción y los elementos de la organización social tradicionalmente considerados (Goffman, 1991). La segunda tensión, en cambio, creemos que queda deliciosamente presentada en un breve texto “metodológico” de Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, que sociólogos y sociólogas haríamos bien en incluir en nuestras habituales lecturas. La nota se llama “El gremialista” y apareció en las *Crónicas de Bustos Domecq* (1967). Nos ahorramos la interpretación política para presentar nada más el núcleo de su contribución epistemológica:

El género humano... consta, malgrado las diferencias climáticas y políticas, de un sinfín de sociedades secretas, cuyos afiliados no se conocen, cambiando en todo momento de *status*. Unas duran más que otras; *verbi gratia*, la de los

²⁷⁶ Una panorámica de las relaciones entre el pragmatismo y las sociología post-bourdiana en (VV.AA., 2017); una presentación de la perspectiva de la sociología de los problemas públicos en (Cefaï, 2014).

individuos que lucen apellido catalán o que empieza con G. Otras presto se esfuman, *verbi gratia*, la de todos quienes ahora, en el Brasil o en África, aspiran el olor de un jazmín o leen, más aplicados, un boleto de micro. Otras permiten la ramificación en subgéneros que de suyo interesan; *verbi gratia*, los atacados de tos de perro pueden calzar, en este preciso instante, pantuflas o darse, raudos, a la fuga en su bicicleta o transbordar en Témperley. Otra rama la integran los que se mantienen ajenos a esos tres rasgos tan humanos, inclusive la tos (Borges y Bioy, 1991, p.328).

Claro que en el torrente permanente de sucesos el “gremialismo no se petrifica, circula como savia cambiante, vivificante”; de hecho, tamaña diversidad e indetenible movilidad nos plantea obstáculos cognitivos complejos: pensemos, por ejemplo, en el gremio actual de individuos que “están pensando en laberintos, en los que hace un minuto los olvidaron, en los que hace dos, en los que hace tres, en los que hace cuatro, en los que hace cuatro y medio, en los que hace cinco...”. Por las dudas, con buena lógica, los autores nos previenen que si cambiamos los prestigiosos laberintos por alternativas más prosaicas, “pongamos lámparas”, el asunto no mejora; tampoco “nada se gana con langostas o lapiceras” (Borges y Bioy, 1991, p. 329).

Referencias

- Alexander, J. C. (1989). *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial*. Barcelona: Gedisa.
- Azpúrua Gruber, F. J. (2005), La Escuela de Chicago. Sus aportes para la investigación en ciencias sociales, *Sapiens. Revista Universitaria de Investigación*, (6), Nro. 2, pp. 25-35.
- Becker, H. S. (1999). The Chicago School, So-Called, *Qualitative Sociology*, 22(1), pp. 3-12.
- Binetti, M.J. (2016). Jane Addams y el feminismo como pacificador social, *Trabajo social*, Nro. 18, pp. 13-24.
- Bioy Casares, A. (1974). *Plan de Evasión* (Estudio preliminar y notas de Alberto Manguel), Buenos Aires: Kapelusz.
- Bioy Casares, A. (2012). *Obras Completas I (1940-1958)*. Edición al cuidado de Daniel Martino. Buenos Aires: Emecé.
- Borges, J.L. (1945). Nota preliminar a W. James, *Pragmatismo*. Buenos Aires: Emecé.
- Borges, J.L. (1988). *Biblioteca personal (prólogos)*. Madrid: Alianza.
- Borges, J.L. (1988). *Prólogos con un prólogo de prólogos*. Barcelona: Alianza.
- Borges, J. L. (2007). *Textos recobrados*, Tomo II (1931-1955). Buenos Aires: Emecé.
- Borges, J.L.; A. Bioy Casares y S. Ocampo (1965). *Antología de la literatura fantástica*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Borges J.L. y A. Bioy Casares (1991). *Crónicas de Bustos Domecq*. En J.L. Borges, *Obras completas en colaboración*. Buenos Aires: Emecé.
- Boudon, R. (1980). *Efectos perversos y orden social*. México: Premiá.

- Bourdieu, P., J.C. Chamboredon y J.C. Passeron (1994). *El Oficio de sociólogo*. México: Siglo XXI.
- Broncano, F. (2003). *Saber en condiciones: Epistemología para escépticos y materialistas*, Madrid: Antonio Machado.
- Castany Prado, B. (2007). La tradición inglesa en la obra de Jorge Luis Borges, *Revista electrónica de estudios filológicos*, Nro. 14.
- Chandler, R. (2003). *Adiós, muñeca*. Buenos Aires: Emecé.
- Cefaï, D. (2014). Investigar los problemas públicos: con y más allá de Joseph Gusfield. En J. Gusfield (2014), *La cultura de los problemas públicos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Colapietro, V. (2020). Acción, sociabilidad y drama: un retrato pragmatista del animal humano. La Plata: EDULP.
- Coser, L. A. (2001). Corrientes sociológicas de los Estados Unidos. En T. Bottomore y R. Nisbet, *Historia del análisis sociológico*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Conrad, J. (1977). *El corazón de las tinieblas*. Buenos Aires: CEAL.
- Crary, D. (2020). A 100 años de la ley seca, *El Día* (La Plata), 15/01/2020.
- De Grande, P. (2014). Robert K. Merton, Erving Goffman, y el recurso del rol, *Journal de Ciencias Sociales*, (2), Nro. 3, pp. 55-65.
- De Ípola, E. (1984). Estructura y coyuntura: las "mediaciones". En J.E. Vega (comp). *Teoría y política en América Latina*. México: CIDE.
- Dewey, J. (1948). *Experiencia y Naturaleza*. México: FCE.
- Dewey, J. (1964). *Naturaleza humana y conducta. Introducción a la psicología social* [1930], México: FCE.
- Díez R., M. (2009). "El gesto de la muerte": aproximación a un famoso apólogo, *Espéculo. Revista de estudios literarios*, Universidad Complutense de Madrid, Nro. 41. En línea: <https://webs.ucm.es/info/especulo/numero41/gestomu.html>
- Di Gregori, C. y López, F. (Coords.). (2014). *Regreso a la experiencia: Lecturas de Peirce, James, Dewey y Lewis*. Buenos Aires: Biblos.
- Duek, M.C. (2008). Método individualista y método dialéctico-estructural en la teoría sociológica clásica. *V Jornadas de Sociología de la UNLP, 10, 11 y 12 de diciembre de 2008*, La Plata, Argentina.
- Eco, U. (1984). El mito de Superman. En U. Eco (1984) *Apocalípticos e integrados*. Barcelona: Lumen
- Engel, P. y R. Rorty (2007). *Para qué sirve la verdad*. Buenos Aires: Paidós, 2007.
- Engel, P. (2008). *¿Qué es la verdad? Reflexiones sobre algunos truismos*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Farfán, R. (1999). Ni acción ni sistema: el tercer modelo de acción de Hans Joas, *Sociológica*, (14), Nro. 40, pp. 35-63.
- Frisby, D. (1990). *Georg Simmel*. México: FCE.
- Frisby, D. (1992). *Fragmentos de la modernidad*. Madrid: La Balsa de la Medusa.
- Galindo, J. (2015). Erving Goffman y el orden de la interacción, *Acta Sociológica*, Nro. 66, pp. 11-34.

- García Dauder, S., y E. Pérez Sedeño (2015). Los inicios de la sociología del trabajo: Jane Addams, la Hull House y las mujeres de la Escuela de Chicago. *Sociología Del Trabajo*, Nro. 83, pp. 24-49.
- Germani, G. (1982). Presentación de la edición castellana de *Espíritu, Persona & Sociedad*. En G. H. Mead, *Espíritu Persona & Sociedad*. Barcelona: Paidós.
- Giardinelli, M. (1997). *El género negro*. Córdoba: Op Oloop.
- Gil Villegas, F. (1996). *Los profetas y el mesías. Lukács y Ortega como precursores de Heidegger en el Zeitgeist de la modernidad (1900-1929)*. México: FCE.
- Gil Villegas, F. (2003). Introducción del editor. En *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. México: FCE.
- Gil Villegas, F. (2014). Introducción. En M. Weber, *Economía & Sociedad*. México: FCE.
- Goffman, E. (1970). *Estigma*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Goffman, E. (1991) “El orden de la interacción”, en Winkin, Y. *Los momentos y sus hombres. Erving Goffman*, Barcelona, Paidós.
- Goffman, E. (1991a) “La ritualización de la femineidad”, en Winkin, Y. *Los momentos y sus hombres. Erving Goffman*. Barcelona: Paidós.
- Goffman, E. (1994). *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Goffman, E. (1997). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- González Guede, V. (2015). *Educación en Hull House de Chicago (1889-1935): acercamiento comparativo entre la metodología de Jane Addams y John Dewey*. Madrid: UCM.
- Guardia Lezcano, J. R. (2004). Debates sobre Psicología (1896-1907): correspondencia de Macedonio Fernández con William James y José Ingenieros. Jorge Guillermo Borges (padre) y sus clases en el Colegio Normal de Lenguas Vivas. XI Jornadas de Investigación. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Homobono, J.I. (2000). Antropología urbana: itinerarios teóricos, tradiciones nacionales y ámbitos temáticos en la exploración de lo urbano, *Zainak*, (19), pp. 15-50.
- Hook, S. (2000). *John Dewey. Semblanza intelectual*. Barcelona: Paidós.
- Hurtado, G. (2003). ¿Saber sin verdad? Objeciones a un argumento de Villoro, *CRÍTICA. Revista Hispanoamericana de Filosofía* (México), (XXXV), Nro. 103, pp. 121–134.
- Joas, H. (1990). Interaccionismo simbólico. En A. Giddens et al., *La teoría social hoy*. Madrid: Alianza.
- Joas, H. y W. Knöbl (2016). *Teoría social. Veinte lecciones introductorias*. Madrid: Akal.
- Jones, M.A. (1995). *Historia de los Estados Unidos*. Madrid: Cátedra.
- Kaminsky, G. (2009). Estudio preliminar a G.H. Mead, *Escritos políticos y filosóficos*. Buenos Aires: FCE.
- Linares Martínez, F. (2018). *Sociología y teoría social analíticas. La ciencia de las consecuencias inintencionales de la acción*. Madrid: Alianza.
- Lozano Maneiro, B. (2002). En el aniversario de Erving Goffman (1922-1982), *REIS*, 102/03, pp. 47-61.

- Mansilla, J. (2017). Crítica al paradigma prohibicionista. En VV.AA., *Un libro sobre Drogas*. Buenos Aires: El gato y la caja.
- Marrero-Guillamón, I. (2012). Descentrar el sujeto. Erving Goffman y la teorización del sujeto, *Revista Internacional de Sociología (RIS)*, (70), Nro. 2.
- Mead, G. H. (1982). *Espíritu, Persona y Sociedad*. Barcelona: Paidós.
- Miranda Aranda, M. (2010). *De la caridad a la Ciencia: Pragmatismo, interaccionismo simbólico y Trabajo Social*. Buenos Aires: Espacio.
- Morris, C. W. (1982). Prefacio. En G. H. Mead, *Espíritu, Persona y Sociedad*. Barcelona: Paidós.
- Naishtat, F. (1998). *Max Weber y la cuestión del individualismo metodológico en las ciencias sociales*. Buenos Aires: Eudeba.
- Nubiola, J. (2005). Jorge Luis Borges y William James. En J. de Salas y F. Martín (eds.), *Aproximaciones a la obra de William James: la formulación del pragmatismo*. Madrid: UCM.
- Offe, C. (2006). *Autorretrato a distancia*. Buenos Aires: Katz.
- Ortiz-Millán, G. (2007). Una definición muy general. Un comentario a la definición de creencia de Villoro, *Signos Filosóficos* (México), (IX), Nro. 18, pp. 181-189.
- Peñalver López, J. (2010) Individualismo metodológico y Sociología comprensiva. *LOGOS. Anales del Seminario de Metafísica*. (43), pp. 201-231.
- Picó, J. e I. Serra (2010). *La escuela de Chicago*. Madrid: Siglo XXI.
- Piovani, J.I. (2011). La escuela de Chicago y los enfoques cualitativos: términos y conceptos metodológicos, *Papers*, (96), Nro. 1, pp. 245-258.
- Proust, M. (2000). *En busca del tiempo perdido*, Vol. I: *Por el camino de Swann*. Madrid: Alianza.
- Proust, M. (1995). *En busca del tiempo perdido*. Vol. II: *A la sombra de las muchachas en flor*. Buenos Aires: Santiago Rueda.
- Radkau, J. (2011). *Max Weber. La pasión del pensamiento*. México: FCE.
- Ritzer, G. (1993). *Teoría sociológica clásica*. México: McGraw-Hill.
- Ritzer, G. (1998). *Teoría sociológica contemporánea*. México: McGraw-Hill.
- Rizo García, M. (2011). De personas, rituales y máscaras. Erving Goffman y sus aportes a la comunicación interpersonal, *Quórum Académico*, (8). Nro. 15, pp. 78–94.
- Rorty, R. (1996). *Consecuencias del pragmatismo*. Madrid: Tecnos.
- Rorty, R. y J. Habermas (2007). *Sobre la verdad: ¿Validez universal o justificación?* Buenos Aires: Amorrortu.
- Sabido Ramos, O. (2017). Georg Simmel y los sentidos: una sociología relacional de la percepción, *Revista Mexicana de Sociología*, (79), Nro. 2, pp. 373-400.
- Santos, J. (2008). Desarrollos metodológicos de la Escuela de Chicago, *Perspectivas metodológicas*, Nro. 8, pp. 53-66.
- Simmel, G. (1977). *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización* (I y II). Madrid: Revista de Occidente.
- Slapak, S. y M. Grigoravicius (2007). Consumo de drogas: la construcción de un problema social, *Anuario de Investigaciones*, (XIV), VI, pp. 239-249.

- Thayer, H.S., (1983). El pragmatismo. En D.J. O'Connor, *Historia crítica de la filosofía occidental*, Vol. VI. Barcelona: Paidós.
- Torres Hernández, R. M. (2003). La filosofía de Dewey vista como crítica social a través de la mirada de Sidney Hook, *Revista Electrónica de Investigación Educativa*, (5), Nro. 2, pp. 122-128.
- Vaccaro, A. *Borges: vida y literatura*. Buenos Aires: Edhasa.
- Villoro, L. (1998). *Crear, saber, conocer*. México: Siglo XXI.
- VV.AA. (2017). Las sociologías post-contemporáneas, *Cuestiones de Sociología*, Nro. 16.
- Weber, M. (1997). *Biografía de Max Weber*. México: FCE.
- Winkin, Y. (1991). Erving Goffman: retrato del sociólogo joven. En Erving Goffman, *Los momentos y sus hombres*. Barcelona: Paidós.

Bibliografía básica

- Goffman, E. (1970). *Estigma*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Goffman, E. (1991) "El orden de la interacción", en Winkin, Y. *Los momentos y sus hombres*. Erving Goffman, Barcelona, Paidós.
- Goffman, E. (1991a) "La ritualización de la femineidad", en Winkin, Y. *Los momentos y sus hombres*. Erving Goffman. Barcelona: Paidós.
- Goffman, E. (1994). *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Goffman, E. (1997). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.

Bibliografía complementaria

- Azpúrua Gruber, F. J. (2005), La Escuela de Chicago. Sus aportes para la investigación en ciencias sociales, *Sapiens. Revista Universitaria de Investigación*, (6), Nro. 2, pp. 25-35.
- Becker, H. S. (1999). The Chicago School, So-Called, *Qualitative Sociology*, 22(1), pp. 3-12.
- Binetti, M.J. (2016). Jane Addams y el feminismo como pacificador social, *Trabajo social*, Nro. 18, pp. 13-24.
- Farfán, R. (1999). Ni acción ni sistema: el tercer modelo de acción de Hans Joas, *Sociológica*, (14), Nro. 40, pp. 35-63.
- González Guede, V. (2015). *Educación en Hull House de Chicago (1889-1935): acercamiento comparativo entre la metodología de Jane Addams y John Dewey*. Madrid: UCM.
- Marrero-Guillamón, I. (2012). Descentrar el sujeto. Erving Goffman y la teorización del sujeto, *Revista Internacional de Sociología (RIS)*, (70), Nro. 2.
- Miranda Aranda, M. (2010). *De la caridad a la Ciencia: Pragmatismo, interaccionismo simbólico y Trabajo Social*. Buenos Aires: Espacio.

- Rizo García, M. (2011). De personas, rituales y máscaras. Erving Goffman y sus aportes a la comunicación interpersonal, *Quórum Académico*, (8). Nro. 15, pp. 78–94.
- Santos, J. (2008). Desarrollos metodológicos de la Escuela de Chicago, *Perspectivas metodológicas*, Nro. 8, pp. 53-66.
- Winkin, Y. (1991). Erving Goffman: retrato del sociólogo joven. En Erving Goffman, *Los momentos y sus hombres*. Barcelona: Paidós.

Investigaciones aplicadas

- Chihu Amparán, A. (2006). La marcha del color de la tierra: un análisis de los marcos del discurso del EZLN, en A. Chihu Amparán (Coord.) *El “análisis de los marcos” en la sociología de los movimientos sociales*. México: Porrúa.
- Manchinelly D. (2018). Notas en torno al análisis dramaturgico de experiencias desiguales de corrupción a pequeña escala, *Estudios Sociológicos*, (XXXVI), pp.189-210.
- Manino, R. (2020). *Los distintos marcos interpretativos en las políticas públicas sobre drogas. El caso del Plan de Prevención de Consumo de Alcohol y Sustancias Psicoactivas de Rosario (2016-2019)*. Tesis. Rosario: UNR.
- Marinone, M.B. y M.B. Mulieri (2012). *Conquistas silenciadas: la representación de la mujer en Gente y Caras. Un recorrido desde 1966 a 2010*, Tesina de Grado, Carrera de Ciencias de la Comunicación, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Meccia, E. (2006). Pasado, presente y futuro. Tres antinomias para una sociología de la cuestión gay. En E. Meccia, *La cuestión gay. Un enfoque sociológico*, Buenos Aires: Gran Aldea Editores.
- Meccia, E. et al., (2020). *Biografías y sociedad: métodos y perspectivas*. Santa Fe: Ediciones UNL.
- Mercado Maldonado, A. y P.D. Briseño Cruz, (2014). El yo deteriorado: estigma y adicción en la sociedad del consumo, *Espacios Públicos*, (17), Nro. 39, pp. 137-157.
- Sívori, H. (2005). *Locas, chongos y gays. Sociabilidad homosexual masculina durante la década de 1990*, Buenos Aires: Antropofagia.
- Valenti Nigrini, G. y L.P. Briseño Fabián (2020). Los rituales de interacción para la comprensión de las escuelas eficaces. Un estudio de caso en México, *Perfiles latinoamericanos*, (28), Nro. 56, pp. 299-323.

Sitios web con material complementario

La historia de los “Mártires de Chicago” y el día del trabajo:

<https://www.youtube.com/watch?v=3cO4zhINnck>

Chicago y la historia del jazz:

<https://www.nexochicagotours.com/historia-del-jazz-jazz-en-chicago/>

A cien años de la Ley Seca:

https://elpais.com/elpais/2020/01/17/viajero_astuto/1579251633_715963.html

Una historia de los Chicago Boys:

<https://www.polodemocratico.net/la-historia-de-los-chicago-boys-contada-por-ellos-mismos/>

Gesto, significado y efecto Kuleshov:

<https://efectokuleshovem.wordpress.com/>

El ejercicio fílmico de Alfred Hitchcock sobre el efecto Kuleshov aquí:

<https://www.youtube.com/watch?v=gCFuxnbxOys>

Actividades

Bibliografía

Goffman, E. (1991) “El orden de la interacción”, en Winkin, Y. *Los momentos y sus hombres*. *Erving Goffman*, Barcelona, Paidós.

- 1) ¿Cómo define el autor la *interacción social*? (Nótese que contempla una relación mediada por dispositivos electrónicos...)
- 2) ¿Cuál es el método utilizado por el autor para estudiar las interacciones?
- 3) ¿Cómo justifica la importancia de este objeto de estudios para la sociología?
- 4) Analice la expresión: “El funcionamiento del orden de interacción puede interpretarse como la resultante de varios sistemas...”
- 5) ¿Cuáles son la clase de “animales” –para usar la metáfora de Goffman- que se encuentran en el “zoológico” interaccional?
- 6) ¿Qué conexión establece el autor entre el orden de interacción y los elementos de la organización social tradicionalmente considerados?
- 7) ¿A qué se refiere Goffman con la idea de “acoplamiento laxo”?
- 8) ¿Qué vínculo puede establecerse entre interacción social y los “*status* sociales difusos”?
- 9) ¿Por qué estudiar la *sociedad*?